

CAPITULO II

Buena vendimia

I

SENTÁRONSE los recién llegados al amor del fuego, á invitación del anciano, y dijo uno de ellos, expresándose en perfecto catalán:

—Nos dispensaréis que vengamos á molestaros, buena gente. Ibamos á Reus desde Cambrils y nos hemos extraviado. Si no es incomodaros, pasaríamos aquí la noche.

—Enhorabuena,—dijo el viejo,—aunque tendréis que contentaros con una muy mala cena y con ninguna cama.

—No le hace,—repuso el otro.

—Me parecéis hombre prudente,—siguió diciendo el que primeramente había hablado,—y no os preguntaré nada á que no podáis contestar. ¿Sabéis si esta tarde ha pasado tropa por aquí?

El anciano titubeó; pero, por fin, respondió:

—Si no me he engañado, he creído, en efecto, oír como si pasaran soldados.

—¿A qué hora?

—Pues cerca del anochecer.

—¿Sabéis si iban muchos?

—No puedo contestaros á eso, porque ya os he dicho que sólo he oído como un rumor, pero no he visto nada.

—¿Y esa niña no nos lo podría decir?—repuso el preguntón dirigiéndose á la morenita.

—No, señor: yo estaba con mi padre.

—¿Y vos?—insistió diciendo el interpelado, volviéndose hacia Antón.

—Yo sé menos aún que mis amos; pero, ya que nadie lo ha hecho aún, ¿no podría yo preguntaros también y saber quiénes sois?

—Ya os lo hemos dicho: somos vecinos de Cambrils.

—¡Ya! Perdonad; pero como hacéis esas preguntas tan extrañas...

—Acabemos,—interrumpió diciendo con mal humor el otro y dirigiéndose á los tres en general.—¿Conque no sabéis nada? Pues parece muy singular, á fe. De esta manera no podréis decirme si habéis visto pasar á dos oficiales...

Antón, adelantándose, contestó:

—A haber comenzado por preguntar eso, nos hubiéramos entendido en seguida. Sí: han pasado dos oficiales: uno de línea y otro de cazadores de Cataluña, y después ha vuelto á pasar éste, solo.

—¿Cómo?—exclamó vivamente uno de los desconocidos.—¿Ha vuelto á pasar el oficial de cazadores, solo?

—Sí: muy aprisa, como que se dirigiese hacia Reus. Iba muy acalorado, echando chispas.

—¿Hace mucho?

—No: hará cosa de una hora.

Los dos desconocidos se miraron con evidente consternación, y Antón, con paso indiferente, entró

en la bodega, donde, asomándose de nuevo al lagar, exclamó:

—Si chistáis os echo los mastines y Marieta va á arrojaros todo lo que hay aquí y os aplasta.

Dicho lo cual salió, y, dirigiéndose á los huéspedes, repuso:

—Voy á servirlos la cena.

—No: nos marchamos en seguida,—dijo uno de ellos.—Con ese breve descanso nos encontramos ya mejor. Podemos ir todavía á dormir á Reus.

—Como queráis,—dijo el mozo;—pero, á lo menos, antes de marcharos, bien aceptaréis un trago.

—Bueno: venga,—respondió uno de ellos.

—Vais á probar un vino de cien años como no haya otro en todo el Campo.

—Mientras sea pronto, beberemos lo que queráis.

—¡Magnífico!—Y Antón gritó:—¡Mestressa! ¡Venid! Salió la joven, y el mozo le dijo:

—Sacad los perros de ahí y dejad bien abiertos los *postigos*, para que se vea.

No existía ningún *postigo* en la bodega, donde no había más luz que la que entraba por la puerta de la *llar* y por una estrecha reja cubierta de espesísimas telarañas.

La joven comprendió el sentido de las palabras de Antón y separó algunas tablas del lagar, saliendo en seguida con los canes.

—Seguidme, señores,—dijo.

—¿No bebemos aquí?—dijo uno de los desconocidos.

—Será mejor que vayamos dentro. ¡Peret!—añadió dirigiéndose al viejo.—Alumbradnos.

El viejo se acercó con el candil y entró en la bodega, seguido de Antón y los desconocidos; pero apenas hubo dado un paso cuando el mozo sopló en la luz y la apagó, hecho lo cual cogió al desconocido que tenía al lado y de un empujón lo arrojó al lagar, de donde partieron horrorosos gritos. Su compañero, viéndose perdido, echó mano á una pistola que llevaba al cinto y disparó al bulto, prorrumpiendo al mismo tiempo en una maldición al sentirse cogido el brazo entre los terribles dientes de un *mastín*, á cuya intervenció n se debió que se desviase la bala, yendo á clavarse en el techo.

—¡Buena vendimia!—gritó Antón, que había cogido ya al desconocido por la capa y pugnaba por arrojarle donde gemían los otros.—¡Al lagar tú también!

El mozo, resuelto á realizar más proezas que Manso, consiguió precipitar en el *cup* al segundo vecino de Cambrils, hecho lo cual salió para encender el candil con uno de los troncos que ardían en la chimenea, volviendo al punto al teatro de sus hazañas, donde pudo contemplar en el fondo del lagar á sus tres víctimas exhalando lastimeros ayes.

—Y, ahora, ojo con ellos,—exclamó Antón dirigiéndose al viejo y sus hijas.—Voy á Salou corriendo, y mientras yo esté fuera no dejéis entrar á nadie.

Un minuto después los moradores del *Mas de las Moreras* atrancaban sólidamente la puerta. Sólo se oía en la casa el ahogado gemido de los tres desgraciados sumidos en el fondo del lagar.

II

Antón llegó á Salou en menos de media hora, viendo fondeados en la rada tres grandes buques y algunos otros de menos porte. Era la escuadra inglesa.

El mozo se encaminó á una choza en la cual se veía luz á través de las ventanas, diéronle el *¿Quién vive?*, y manifestó al centinela que deseaba ver al momento al jefe de guardia.

Inmediatamente se presentó un oficial de la marina inglesa, que preguntó en chapurreado castellano al mozo qué se le ofrecía.

Antón refirió en un castellano peor que el del inglés lo que había ocurrido, y entregó los pliegos al oficial, que le hizo seña de que le siguiese.

Al breve rato embarcábase Antón con el oficial en un bote, encontrándose á los pocos minutos á bordo del navio *Invencible*.

El oficial pasó á la cámara del comandante, y al salir de allí al cabo de algún tiempo manifestó al pobre gañán que el comodoro deseaba verle.

Temblando como un azogado, y, dicho sea en honor á la verdad, un tanto mareadillo, penetró Antón en aquel *sanctus sanctorum* naval, encontrándose en presencia de un general de marina, alto, rubio, joven, de señorial presencia.

—¿Cómo han llegado á poder de V. esos pliegos, buen hombre?—preguntó con suma amabilidad.

Antón repitió lo que había referido ya al oficial, dando muestras el comodoro de comprender perfectamente sus palabras, y cuando Antón le dijo donde tenía guardados á sus presos interrumpióle diciendo:

—Buena cárcel para mis marineros, á no estar en seco. En fin, su proceder de V. es digno de los mayores elogios, y, mientras el gobierno español premia como debe el importantísimo servicio que ha prestado V., acepte como recuerdo mío este reloj.

Y el comodoro, sacándose de la chupa el magnífico reloj de oro que llevaba, se lo entregó á Antón.

El mozo aceptó lleno de confusión el regalo; pero, á decir verdad, la alegría que esto hubiera podido causarle en tierra firme resultaba disminuidísima á bordo del navío inglés. Lo único que anhelaba Antón era volver á tierra, deseo que adivinaría sin duda el comandante, por cuanto se apresuró á despedirle, acompañándole hasta la puerta de la cámara.

Media hora después zarpaba el *Invencible* con rumbo á poniente, y al rayar el alba cañoneaba el fuerte del Perelló, al mismo tiempo que atacaban dicho puesto las tropas del barón de Eroles. En tres días, y siempre con la cooperación del navío inglés, quedaban arrasados dichos fuertes, la torre de la Granadella, la venta de la Ampolla y otros puntos fortificados entre Tarragona y Tortosa, habiendo hecho los nuestros, durante esta expedición, buen número de prisioneros y cogido cañones, ganados y algunas embarcaciones menores de que se valían los franceses.

III

Volvamos á nuestro héroe del *Mas de las Moreras*, el cual, más alegre que unas castañuelas con su reloj y sólidamente firme la cabeza al pisar tierra segura, llegaba á la granja á la una de la mañana.

No era tan falto de inteligencia que no hubiese llegado á comprender lo que se proponía su primer prisionero al asesinar al desgraciado oficial de cazadores de Cataluña portador de los despachos para el comodoro: queríase evitar la cooperación de la escuadra inglesa para que no pudiese llevar á cabo la destrucción de los puntos fortificados entre Tarragona y Tortosa, cuya conservación no cesaba de recomendar desde Valencia el mariscal Suchet al general Decaen, gobernador de Cataluña.

Convencido de haber adivinado el propósito del matador, faltóle tiempo á Antón para ponerse al habla con sus prisioneros, diciéndoles:

—Buenos días, compadres. Tengo el gusto de

manifestaros que el general de marina inglés tiene ya en su poder los pliegos que debía entregarle el oficial de cazadores de Manso cuyo cadáver sabréis ya, sin duda, que está aquí. Os he cazado con liga, hato de traidores, y no tardaréis en pagar en la horca vuestros crímenes. ¡Cómo! ¡Unos catalanes vender de esta manera á su madre! ¡Ah, traidores!

—¡Mátanos de una vez y no nos hagais sufrir tanto!—respondió uno de los pretendidos vecinos de Cambrils.—¡Eres tan inhumano como cobarde; pero ya nos vengarán!

—¡Os tengo dentro del *cup* y aun me amenazáis!—exclamó riendo á carcajadas Antón.—¡Ya se os ha pegado la fanfarronería de los gabachos! ¡Je, je! Se guardarán muy bien de presentarse aquí, ya que hartos trabajos tienen con ampararse detrás de las murallas de Tarragona. Conque, paciencia. Ahora, si queréis algo que comer ó que beber, decidlo, que os lo daré.

—No queremos nada,—respondió el otro personaje, compañero del anterior.—Puede que nos dieseis pan ó vino envenenado.

—Pues lléveos el diablo. Con vosotros *qui més hi fa més hi perd*. Ya comeréis rancho en la cárcel.

Los tres cautivos rompieron en un concierto de maldiciones al dejarles Antón, llenando de espanto á las pobres jóvenes, que se encontraban rezando junto al cadáver del oficial de cazadores de Manso.

En cuanto al pobre viejo Peret, iba de un lado á otro, lleno de azoramiento, figurándose que de un momento á otro iba á llamar allí *Chuchet* en persona, renovando en el *Mas de las Moreras* la degollación herodiana con que señaló su entrada en Tarragona.

Así que comenzó á despuntar el día, salió Antón para Reus, al objeto de dar parte de los acontecimientos en que había tomado tan principal parte.

Ejercía interinamente allí el mando, durante la ausencia del barón de Eroles, un comandante del regimiento de coraceros del Rey llamado D. José Casasola, uno de los más gloriosos nombres que figura en los fastos del ejército de Cataluña.

Familiarizado Casasola con la lengua del país, no perdió una palabra de la relación de Antón, y dispuso que acto seguido saliera para el *mas* un piquete de coraceros al mando de un teniente para que se hiciera cargo de los detenidos y condujera el cadáver del infortunado oficial.

La fuerza llegó al *mas* á las ocho de la mañana, costando gran trabajo hacer salir á los trasegados presos, en quienes el teniente reconoció á un capitán del provincial de Osuna, acerca de quien nunca se había abrigado la menor sospecha, y á dos capitanes de *patulea*, partidas de bandoleros disfrazados con carácter de guerrillas, y que, lo mismo que la *briwalla*, bandidos con color afrancesado, eran el terror del país.

--Vamos ahora por el cadáver del pobre asesinado,—dijo Antón.

Siguióle el oficial de coraceros hasta la habitación en que se encontraba el inerte cuerpo de aquel infortunado, y, al retirar Marieta la sábana que le cubría, prorrumpió el teniente en un terrible grito, rompiendo luego en sollozos y balbuceando con entrecortada voz:

—¡Es mi hermano! ¡Miguel! ¡Miguel!



CAPÍTULO III

Oración fúnebre

I

No había quien no se sintiese profundamente conmovido ante el dolor del joven y apuesto oficial, tan inesperadamente testigo de aquella gran desgracia. Lloraban las hijas del colono, mientras éste, Antón y algunos soldados que habían subido al cuarto para llevarse el cadáver contemplaban con mudo respeto aquella escena de desolación.

De pronto pareció salir de su abatimiento el oficial, y con voz breve dijo:

—Vamos ya. Conducid con cuidado el cadáver al carro que hemos traído: yo iré con él. Los presos, bien maniatados, entre filas.

Cumplióse la orden. El oficial subió en el carro, colocándose al lado del cadáver, y, viendo á Antón, le hizo seña de si quería subir también, á lo cual se apresuró á responder afirmativamente el mozo de labranza.

Momentos después emprendía el piquete el regreso á Reus.

—¡Ya veis! ¡Muerto por un miserable traidor!— exclamó el oficial.—¡Pobre hermano! ¡Quién podía figurarse que tal fin tuviera un tan valiente militar como mi pobre Miguel! Cuando lo sepa Manso va á tomar una venganza terrible.

—¿Y vuestros pobres padres?—respondió Antón.

—¡Qué terrible pena, pobrecitos!

—Cierto que sí,—dijo el oficial nublándose su

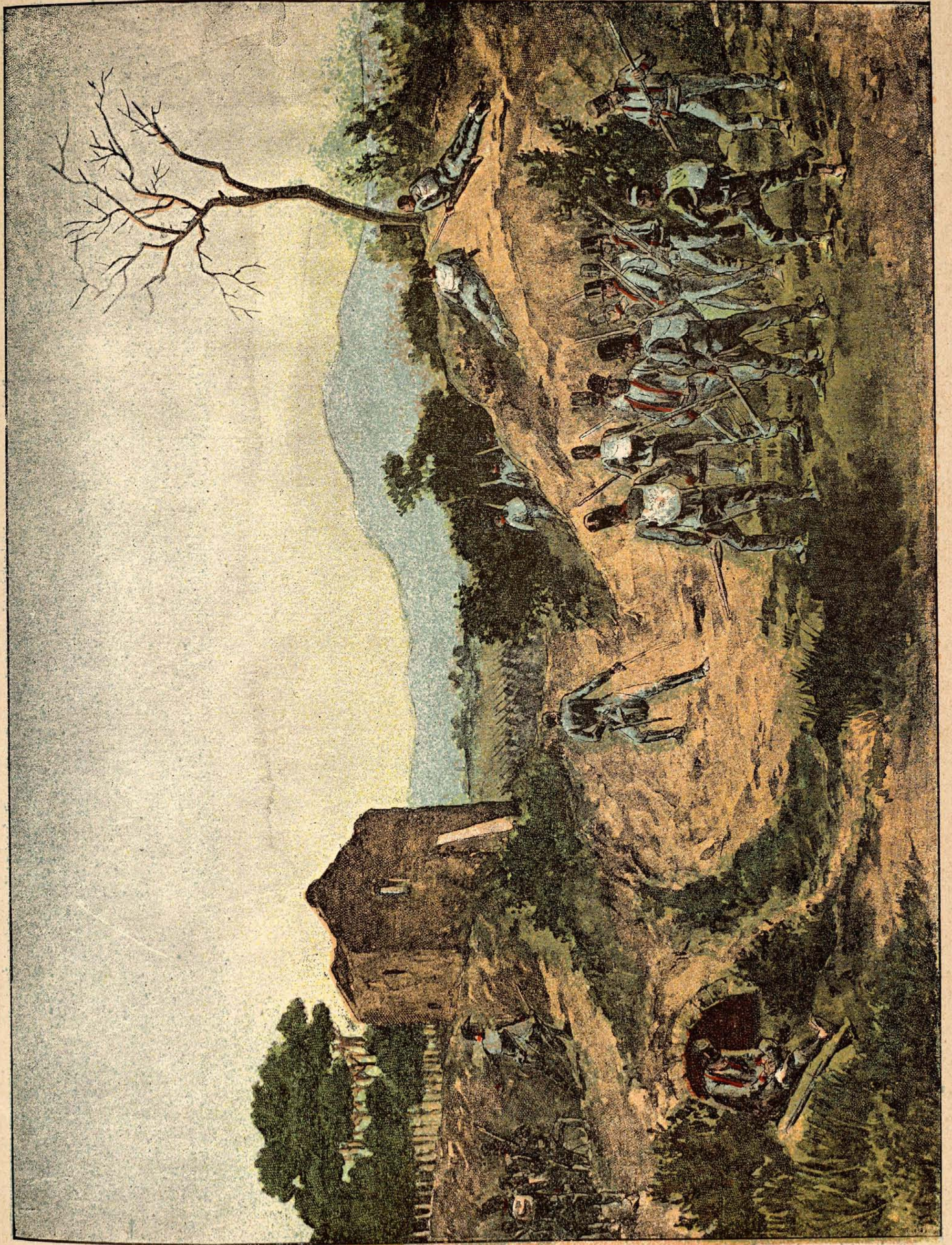
frente.—Claro está que habrán de sentirlo mucho Al fin y al cabo, un hijo siempre es un hijo.

Extrañóse Antón de aquella respuesta, pero no trató de aclarar el misterio que envolvía sin duda.

—¡Pobre *Miquelet!*—volvió á decir el de coraceiros.—¡Ya no matarás más franceses! ¡Tenías que morir á manos de un afrancesado! ¡Era inevitable tu suertel

—Sí: debía ser muy valiente vuestro hermano,—respondió Antón.—El solo uniforme que lleva lo dice bien.

—Era el hombre de confianza del coronel Manso, —repuso el oficial.—Era su ayudante cuando el ataque de Montjuich, y no ha habido hecho de armas en que tomaran parte los cazadores de Cataluña sin que Miguel mereciese ser citado en la orden del día. Cuando Manso, después de la capitulación de Tarragona, se retiró de aquellos alrededores, Miguel se encontró á su lado en aquel combate en que su coronel solo rindió á once, tocándole á él los otros dos. Las peñas de Montserrat fueron testigo de sus proezas cuando Manso se refugiaba allí. Estuvo en Molins de Rey, en Igualada, en Cervera, en Bellpuig, y aun no hace un año mandaba la compañía de vanguardia cuando el coronel atacó á los granaderos franceses de San Feliu, matando ciento y haciendo prisioneros á otros tantos, sin que dejasen

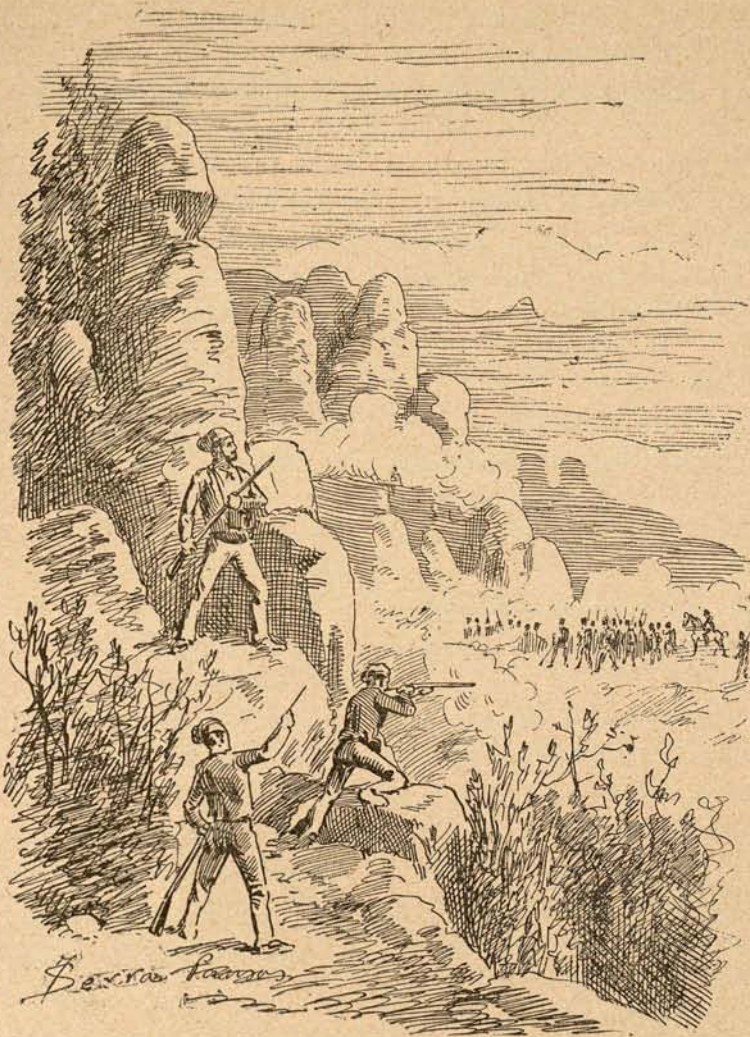


SORPRESA DE LOS FRANCESES POR MANSO EN MOLLET Y SANTA PERPETUA



ni uno. Sin tiempo siquiera para descansar, penetran en el llano de Barcelona, por entre Sarriá y el Hospitalet, guarnecido por más de cinco mil franceses. En aquella sorpresa de Mataró, que no podrá olvidarse nunca, cuando Manso, desobedeciendo las

órdenes de Lacy y contando con su gente, como sabía que podía cortar, salió de Caldes, con un batallón de sus cazadores y otro de cazadores de Barcelona, y, haciendo una marcha rapidísima, cayó sobre la villa y sorprendió el convoy que conducían los



Las peñas de Montserrat fueron testigos de sus proezas...

gabachos á Francia, Miguel fué también el primero en distinguirse, haciendo el solo prisioneros á dos capitanes. Y sin embargo, no son ésas sus mayores proezas. Manso le quería tanto por otro motivo.

—¿Por qué motivo?—dijo Antón.

—Hace ya tiempo de eso,—respondió el oficial.— Sucedió á principios del año pasado. Los franceses estaban furiosos del terrible descalabro que el barón de Eroles y el comandante Casasola les habían causado ahí en Vilaseca, cogiéndoles un batallón entero, y sólo pensaban en desquitarse. Sabiendo

que Eroles iba á partir de Reus para dirigirse á Vich, salieron de Barcelona Maurice Mathieu y Lamarque con grandes fuerzas para sorprenderle en el camino. Encontráronle cerca de Tarragona, en Altafulla, y allí le embistieron. Eroles, no pudiendo resistir al empuje de unas fuerzas tan superiores en número, dispersó á su gente, señalando Santas Creus para reunirse de nuevo; pero para ello había que proteger la retirada de la división. Manso se dirige á su regimiento y pregunta si hay dos compañías que quieran sacrificarse para salvar á

sus compañeros.—La mía es una,—dice mi hermano.—Y la mía es otra,—repite otro capitán.

—¡Qué valientes!—exclamó Antón.

—Manso acepta y le dice á Eroles que puede ya retirarse sin cuidado. Las dos compañías se despliegan en guerrilla en un bosque y contienen el avance de los franceses mientras los otros se dispersan. Al cabo de una hora no resistieron más: apenas quedaban siete ú ocho cazadores vivos, entre ellos mi hermano, que sólo por milagro de Dios pudieron escapar, aunque todos ellos acribillados de heridas. Al verlo el barón, tiempo después, le abrazó.

Antón, sin responder, dirigió sus ojos al cadáver, contemplándolo con mudo respeto, y maquinalmente rezaron sus labios un padrenuestro.

II

El piquete había llegado á Reus, saliendo á recibirle las fuerzas que habían quedado allí durante la ausencia de Eroles con el grueso de la división, que tenía por entonces su cuartel general en la citada villa.

Muchos vecinos reconocieron á los dos *patuleos* por haber sido víctimas de sus fechorías, rompiendo en amenazadores gritos.

Al ver Casasola al oficial de Osuna no pudo menos que montar en cólera, dirigiéndole algunos terribles apóstrofes; pero se contuvo al momento, y mandó que fuesen encerrados los tres en los calabozos de *los cuarteles*.

La sumaria fué rapidísima. Quedó probado por las declaraciones del teniente Nogales, que así se llamaba el traidor, que, hallándose en Reus días antes, había jugado una noche con varios *patuleos*, perdiendo una fuerte suma que había sacado de la caja del regimiento. Entonces los *patuleos*, comprendiendo su situación, habíanle propuesto la devolución de dicha cantidad si se convertía en espía del capitán Miguel Llobet, á quien Eroles confiaba siempre los encargos más delicados. La víspera, antes de salir de Reus la columna, enviáronle un aviso los *patuleos*, juntamente con cien onzas, diciéndole que Llobet debía separarse de la columna para llevar un pliego á la escuadra inglesa surta en Salou, y que á todo trance convenía que no tuviera curso, aunque fuese matando al capitán Llobet para quitárselo, y que se arreglase para ello como mejor pudiese.

Próximos á salir de Reus, y preguntando Eroles si habría algún oficial que supiese inglés para acompañar como intérprete al capitán Llobet, que debía conferenciar con el comodoro y otros jefes, ofrecióse Nogales, á pesar de no saber una palabra de dicha lengua, aguijoneado por la necesidad. Claro está que sabiendo lo mismo el barón, no pudo poner á prueba los conocimientos lingüísticos del oficial, sin que, por otra parte, pudiese sospechar la intención del fingido intérprete, ni menos el capitán Llobet, á quien era completamente desconocido.

Los dos *patuleos* manifestaron á su vez que la proposición hecha al teniente Nogales les había sido ordenada por un canónigo de Tarragona llamado el doctor Peñascos, adicto al partido *caragirat*, quien, habiendo regresado á aquella capital procedente de Perpiñán una vez hubieron entrado los franceses, temía de continuo una sorpresa por parte de los patriotas, apoyados por la escuadra inglesa.

El consejo de guerra condenó por unanimidad á la pena de horca á los tres miserables. Casasola firmó la sentencia, y el fallo quedó ejecutado aquella misma tarde.

Por la noche el teniente de coraceros del Rey D. Ramón Llobet escribía una carta, humedecida con lágrimas, que no hubiera podido decirse si eran de ira ó de dolor, y la entregaba á Antón para que la hiciera llegar á Tarragona por conducto de alguna barca pescadora de Salou.

La carta llevaba este sobre:

Al Sr. Dr. D. Jph. Llobet

Adjunto de la Municipalidad de Barcelona

(Departamento de Montserrat)

III

Satisfecho Antón de su intervención en el asunto que tan pronto y terriblemente acababa de resolverse, regresó al *Mas de las Moreras*, portador de la carta que le confiara el teniente Llobet.

El honrado mozo de labranza sentíase poseído de esa íntima satisfacción que produce la conciencia de haber cumplido con su deber, sin que, á su juicio, mereciese premio alguno su comportamiento.

Al encontrarse de nuevo en la granja tuvo que satisfacer á las mil preguntas que le dirigieron sus moradores, ávidos de saber el desenlace que había tenido la sangrienta tragedia de que en tanta parte

fué teatro aquella humilde vivienda. Antón explicó largo y tendido todo lo que había visto y le habían contado. Poseía buena memoria, y repitió sin quitar ni poner punto ni coma la relación que el teniente de coraceros le hiciera de las hazañas del difunto capitán de cazadores de Cataluña.

María se mostró conmovidísima por aquella narración y se la hizo repetir, pintándose el entusiasmo en su rostro.

—No una muerte: mil muertes hubiera merecido el miserable que lo mató,—exclamó la joven.— ¡Maldito juego!

—Tenéis razón en eso, *mestresa*,—dijo Antón.— Á no ser por el juego no hubiera hecho aquel hombre lo que hizo. De todas maneras, es cosa que no puede perdonarse el ser *caragirat*; pero ser *caragirat* por culpa de un vicio es menos perdonable aún. En fin, ya se ha hecho justicia, y no hay que pensar más en el asunto.

La familia rezó el rosario, encomendando á Dios el alma del capitán y dedicando un solo padrenuestro á las de los tres ajusticiados, y cada cual fué á acostarse.

Al día siguiente manifestó Antón que partía para Salou, en cumplimiento de un encargo que le hiciera el teniente de coraceros. Llegado á la playa, avistó-

se con el patrón de una barca pescadora que salía para Tarragona y le entregó la carta con encargo de que la endosara á cualquier conocido que tuviera por allá y la depositara en la casa de postas, á lo cual accedió el patrón mediante la cantidad de cuatro reales.

La barca salió luego para el inmediato puerto, llevando á bordo unos cuantos quintales de harina para los pescadores de Tarragona. Viaje arriesgado, pues venía á ser aquello como contrabando de guerra, habiendo orden de no proporcionar ningún recurso á la ciudad desde que había caído en poder del francés. Sin embargo, no se había establecido ningún riguroso bloqueo, y, en la seguridad de que sólo habían de aprovecharse de los víveres los españoles, tolerábase tácitamente aquel comercio.

El patrón, una vez desembarcado el trigo, subió á la ciudad y fué al encuentro de cierto sacristán de la Catedral amigo suyo, á quien hizo presente el encargo que le traía allí. El sacristán aceptó sin reparo la invitación del patrón, y, fijándose en el sobrescrito exclamó:

—¡Calle! ¡Una carta para el doctor Llobet! ¡Pues si á ése le escribe cada día el señor canónigo Peñascos!

El patrón se encogió de hombros, despidióse, y á las dos horas estaba de regreso en la playa.



CAPÍTULO IV

El doctor Llobet, adjunto de la municipalidad de Barcelona

I

UNA semana después de los acontecimientos que acabamos de relatar era objeto de todas las conversaciones en Barcelona el asesinato del capitán Llobet y la subsiguiente ejecución de su perpetrador y cómplices.

La casa de los padres de aquel heroico joven era visitada por gran número de personajes pertenecientes al partido afrancesado, que iban á dar el pésame al señor adjunto y á su digna esposa D.^a Madrona, no menos que á la interesante Josefina, hermana del difunto y novia del bizarro comandante del 4.^o de húsares Mr. Regis Fauchemont de la Taillanderie, ayudante de campo de S. E. monseñor el conde Decaen, jefe superior del Principado y general en jefe del ejército de Cataluña.

Por la noche, cuando la casa, magnífico edificio situado en la calle Ancha, quedó libre de visitantes y se encontraron solos D. Josef y D.^a Madrona, dieron, por fin, éstos rienda suelta á sus sentimientos íntimos, según puede verse por el coloquio que vamos á dar cuenta.

—Siempre dije yo que aquel hijo rebelde acabaría mal,—exclamaba el señor Josef paseándose á grandes pasos por una sala en la cual se veía sobre una panzuda cómoda un busto en mármol del emperador Napoleón, acompañado de otros dos bustos representando á Murat y á Ney.—Siempre dije que sus

días acabarían desastrosamente. *Talis vita, finis ita.*

—¡Ay, José! ¡Ni aun en ese amarguísimo trance se abre tu alma á los sentimientos del amor paternal! ¡Pobre Miquelet! ¡Quién tenía que decirnos que debiera sucumbir tan miserablemente, víctima de una traidora emboscada!

—¿Por qué me desobedecía? ¿Por qué despreciaba mis sanos y juiciosos consejos? No hace todavía un mes hice llegar á sus manos, costándome una onza y corriendo el riesgo de comprometerme con monseñor (suple Decaen), una carta en que le dirigía las más brillantes proposiciones. Monseñor le recibiría con los brazos abiertos, le reconocería su grado y le destinaria al cuerpo que quisiese, con sólo prestar juramento de fidelidad á nuestro augusto emperador Napoleón I Bonaparte. ¿Y no recuerdas la respuesta que dió nuestro Miguel? Pues tuvo la osadía de decir al dador que por aquella vez le perdonaba, pero que á otra misiva por el estilo le arrojaría por el balcón, y que si trabajaba tanto y se exponía á mil peligros era para lavar la afrenta que yo había impuesto en el nombre de nuestra familia sirviendo al emperador. Sí: eso dijo: «—Dile á mi padre que anda equivocadísimo si piensa hacer de su familia una raza gabachina.»—Asimismo, asimismo.

—Y ¿qué me importa á mí lo que dijese?—interrompió la madre.—Yo sólo sé que me han muerto

á mi Miquelet. ¡Quiera Dios no tengamos que llorar también á Ramón!

—Sí, ven tú ahora con tus jeremiadas á acabar de soliviantarme,—repuso Josef.—Ramón... Ramón es otro que bien baila. ¡Qué hijos, Señor, qué hijos, nacidos tan sólo para darme mil desazones! Fortuna de esa pobrecita Josefina, digna por todos conceptos de llevar el nombre que le puse, el nombre de la ilustre dama con quien compartió el tálamo nupcial el vencedor de las Pirámides!

—¡Para Pirámides estamos!—repuso con excelente acuerdo D.^a Madrona.—¡Miquelet, Miquelet! ¡Que me lo han muerto! ¡Ay, pobre hijo mío! ¡Miquelet de mi alma!

—Pero ¿estás loca, mujer? Puede llegar Mr. Regis y oírte.

—Y ¿qué me importa á mí Mr. Regis? ¡Miquelet! ¡Ni siquiera he podido tener el consuelo de darte el último beso en tu cara helada por la muerte! ¡Hijo mío! ¡Para eso te llevé en mis entrañas!

—Olvidas tus deberes de esposa de un magistrado del pueblo de Barcelona, de un descendiente de los concellers, al entregarte así á un dolor absurdo, á una desesperación digna de esos *ideólogos* de quienes tantas veces se ha burlado el emperador. No parece sino que hayan sido vanos los consuelos que en nuestro dolor nos han tributado los señores Las Casas, Casanovas, Filíbert, Dufort (1) y demás amigos, identificados, como yo, con la paternal dominación francesa. Vamos, Madroneta, vamos. Ponte á la altura de tu posición. Sé una verdadera *Matrona*, una Porcia, una Cornelia, una Calpurnia.

—Yo no sé qué mujeres son esas de que me hablas, Josef; pero no serían madres si, hallándose en mi caso, no hicieran lo que yo, si no maldijeran la hora en que entraron los franceses.

—¡Qué palabras osa proferir tu boca! Si te oyeran...

—No me oirán, por desgracia,—repuso con amargura la digna esposa del señor adjunto.—¡Eso quisiera yo! Parece que si yo pudiera sufrir por la misma causa que ha costado la muerte de mi hijo me aliviara algo en mi dolor.

—Pero ¿no ves, desgraciada, que si llegas á dar el menor motivo de sospecha malogras el casamiento de nuestra Josefina?

—¡Ah, sí! Tú me haces recordar ahora que

quieres casar á nuestra hija con un francés, sin haber dado ella el menor motivo para suponer que le quiera. ¡Que habrá un francés que me llamará su madre, un francés á quien tendré yo que llamar hijo! ¡Hijo, como á Miquelet! Mas, por Dios y por la Santa Virgen del Montserrat, que no será, no, no, no.

Y la señora comenzó á pasear con agitación por el cuarto, mientras su marido, inmóvil, con los ojos esparrancados, contemplábala como dudando de que se hallara en su cabal juicio.

En tal situación se encontraban los respetables cónyuges cuando entró una preciosa joven de unos veinte abriles, blanca, rubia, de arrogante figura, cuya belleza parecía resultar favorecida aún con el traje de luto que vestía. Á la verdad, ningún sentimiento predominante hubiera podido leerse en su rostro. Era una bellísima estatua, en la que nadie hubiera pensado poder encontrar un alma, sin que esto sea decir que no pudiese haber un Pigmalión que lograra infundir vida á la peregrina escultura.

Turbáronse D. Josef y D.^a Madrona al ver á aquel pimpollo, y procuraron aparentar serenidad; pero la divina muñeca no carecía hasta tal punto de penetración que no se hiciese su *composición de lugar*, y, dirigiéndose al autor de su días, le dijo:

—Papá: no me oculte V. que acaba de experimentar algún disgusto. Y V., mamá, ¿qué tiene? Está V. demudada.

—Nada, hija mía. Estábamos lamentándonos del triste fin de tu pobre hermano.

—No pienso yo tampoco en otra cosa,—respondió Josefina;—pero, sin embargo, no sé si suponga que algún otro motivo debe tenerles tan trastornados. ¡Oh! ¡Yo les ruego á Vds. que no me oculten nada!

D.^a Madrona, con un valor que de golpe y porrazo la colocó á la altura de las Calpurnias, Porcias y Cornelias, exclamó entonces:

—Pues bien: le decía yo á tu padre que jamás llamaré yo hijo mío á un gabacho y que jamás permitiré, por la sagrada memoria de Miguel, que un gabacho me llame madre.

—¡Estás loca!—rugió D. Josef, dirigiendo una mirada de desesperada angustia al busto de Napoleón *el Grande*.

—Pienso como mamá,—repuso friamente la tocaya de la ex-emperatriz,—y Mr. de Fauchemont es asaz digno y caballeroso para contrariar en lo más mínimo el noble empeño de mi madre.

(1) Comisarios de policía y esbirros de aquella época.

—¿Conque tú también desconoces *los sentimientos de la Naturaleza*, los deberes filiales?—replicó, hecho una fiera D. Josef.

—Yo, papá, comprendo que faltaría á lo que debo á la memoria de mi hermano si me uniera con un francés por quien no siento ningún otro sentimiento que el de una simple estimación. Aparte de esto, yo cuidaré de que Mr. de Fauchemont antes aplauda que acrimine mi nueva manera de pensar, por más que indudablemente haya de causarle profundísimo disgusto, si es cierto que me ama tanto como dice.

D. Josef, como si el mundo entero se viniera abajo á aquellas palabras, exclamó:

—¡Me perdéis! ¡Me arruináis! ¡Apartad de mí! ¡Dejadme!—Y, comenzando á dar vueltas por el salón, exclamaba como frenético:—¡Eso lo sabrá el emperador! Sí, señor: yo se lo haré decir por el Sr. Las Casas. O, sino, no: mejor será que lo diga Dufort. ¡Albergarse la traición en mi propio hogar! Pues... ¿por qué mataron á Miguel? Pero... ¿por qué no me creía á mí? Podría hoy ser teniente coronel, ¡ya lo creo!, y, en vez de eso, ¡se me va con esos *patuleos* de *Manso*! ¡Pero si no podía menos de ser así! Se llamaba *Miquelet*. ¡*Miquelet* (1) había de ser! ¡*Habent sua fata nomina*!

—M. Regis Fauchemont pide ver á los señores,—anunció un criado.

—No salgan Vds.,—exclamó Josefina;—voy á recibirle yo.

II

Salió Josefina, y encontró en un gabinete inmediato al ayudante de monseñor el general conde Decaen, *gouverneur général de la Catalogne*.

Lucía el apuesto comandante el vistosísimo uniforme del 4.º de húsares, no empujando, sin embargo, su marcialidad á que se adivinara en su semblante cierta melancolía que trataba de disimular en vano.

—Señorita...—exclamó el francés, saludando gravemente á Josefina.—Quizás he venido á molestar. He sabido la desgracia...

—Nada de eso, mi excelente amigo,—respondió la joven.—Sólo os ruego que perdonéis si mis papás no salen á recibirlos. Con la terrible noticia de la

muerte de mi hermano se hallan, como es natural, afligidísimos.

—Dolor justísimo, señorita. ¡Desventurada suerte para un hombre que fué un héroe!

—Gracias por vuestras palabras, Mr. de Fauchemont.

—Hay días en que uno desearía, á la verdad, no haber nacido, señorita. Parece que las desgracias se amontonan en tropel.

—¡Qué! ¿Hay más desgracias todavía?

—¡Quiera Dios que no! Pero corrían hoy malísimas noticias respecto á la suerte de los presos acusados de haber querido envenenar á la guarnición francesa de Barcelona.

—¡Dios mío!—exclamó la joven.—¿Y son muchos?

—Más de veinte: siendo lo más triste que no obran en poder nuestro las cabezas del complot.

—Pero ¿van á matar á veinte personas?

—Harto me lo temo. De ahí que, además de venir yo aquí esta noche, ante todo para darles el pésame á vuestros padres, llevase también la intención de hacer presente al señor de Llobet la suma conveniencia de dirigir un memorial á monseñor para que no sean sometidos á consejo de guerra los procesados, pues de ser así serán irremisiblemente condenados á muerte todos ellos.

—¡Ah! ¡Cuán bueno sois!—exclamó Josefina con exaltación extraña en ella.—¡Voy á llamar al punto á papá! Esperad.

Desapareció la joven, y al cabo de dos minutos volvió con D. Josef, cuyo semblante, pálido y trastornado, revelaba bien la honda agitación de su ánimo.

El comandante cogió la mano que D. Josef le alargaba silenciosamente y dijo:

—Respeto el profundísimo dolor que os embarga por el triste suceso de la muerte de vuestro desgraciado hijo. ¡Dura pérdida ha sido para vos, y más aún quizás para la causa que tan heroicamente defendía!

—Gracias, M. Regis,—dijo D. Josef, añadiendo con estoica cuanto prosaica elocuencia:—¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia!

A la verdad, el comandante, harto aficionado á las tragedias clásicas, esperaba quizás algo como otro *Qu'il mourût!* en boca del viejo Horacio barcelonés, por lo cual sintió correr un frío glacial por

(1) *Miquelete*, nombre de los guerrilleros en Cataluña.

todos sus huesos al oír aquel *rasgo*, digno del infante D. Antonio Pascual. Sin embargo, siempre *sensible*, continuó:

—Quizás tendría yo la dicha, señor D. Josef, de ponerlos en camino para poder hacer algo grato á la memoria del bravo capitán Llobet.

—¿Y qué puedo yo hacer en favor de los insurgentes?—repuso el entusiástico napoleonista.

—Acaba de decirme el jefe de batallón M. Bobillier que ha entregado ya al general Decaen la sumaria de la causa formada con motivo del complot.

—¡Ah! ¡Bravo!—dijo interrumpiendo D. Josef.—¿Conque ya está en disposición de verse ante el consejo de guerra?

—Precisamente para que no sucediera esto he tenido el honor de pasaros á ver esta misma noche. Como individuo influyente de la municipalidad podríais lograr quizás que el *maire* y vuestros *colegas* elevaran una exposición á monseñor pidiendo la gracia de aquellos desdichados, que no otra cosa que salvarles de la muerte es librarles de ser llevados al consejo de guerra.

—¡Oh! ¡Sí, Mr. de Fauchemont!—respondió vivamente Josefina.—Papá hará eso, y mucho más: estoy segura de ello. D. Melchor de Guardia, el *maire*, D. José Castañer, el señor de Delas, D. José Pujol, el señor de Campá, todos los adjuntos, en fin, oyen á papá como si fuera un oráculo, y harán lo que él les diga.

—Sin embargo,—exclamó D. Josef, no pudiendo contener apenas el coraje que le daba aquel entrometimiento de la niña,—yo no sé si debo tomar la iniciativa en un asunto de tan grave índole; no sé si deba, nuevo Breno (valiente capitán galo), echar el peso de la influencia de la municipalidad para hacer inclinar á un lado el platillo de la balanza de la Ley en el sentido de la clemencia, ó, por mejor decir, de la impunidad. Ya sabéis que se trata de hechos atrocísimos, vitandos, monstruosos, salvajes, espantosísimos, señor comandante.

—Bien lo sé, señor D. Josef; pero cábeles á los conspiradores la disculpa de obrar en favor de lo que, á su sentir, es una causa santa y justa.

—Hechos horrosísimos, señor comandante. Primero se trata de hacer volar la muralla de Barcelona; después, de sorprender la Ciudadela, valiéndose de la estratagema diabólica, infernal, sólo concebible en un cura, en un presbítero, en un

Pedro Coret y Sala, de hacer entrar allí soldados armados metidos en los carros destinados á vaciar lo que en vuestro pulquerrimo idioma llamáis *les fosses d'aissance*. Fracasado tan criminoso intento, no cesan de tramar nuevos planes los conspiradores: ora quieren sorprender á los señores generales Maurice Mathieu y Devaux; ora proyectan hacerse dueños de Atarazanas, del cuartel de Nassau, de Montjuich; ora conciben la satánica idea de envenenar las aguas de la cisterna del castillo, de envenenar el ganado de la caballería. En fin, horrores sin cuento.

—Sin embargo, señor D. Josef, no se trata de eso ahora. Al fin son españoles.

—¡*Fiat justitia et ruat cælum!*—exclamó en un magnífico arranque tribunicio-municipal el señor D. Josef.—¡Caiga sobre los facinerosos la cuchilla de la ley!

—Se trata de españoles como mi hermano Miguel, papá; como mi hermano Ramón,—dijo la niña.

—¡*Nego majorem!*—rugió el adjunto.—Mis hijos no hubiesen hecho jamás lo que tramaban esos esbirros del abominable cura Coret, de ese miserable capitán de bandoleros protegido por Lacy.

—Señor D. Josef, permitidme que os recuerde que el general Lacy no manda ya en Cataluña, y que el señor general Copóns ha escrito á monseñor asegurándole bajo su palabra, del modo más solemne, que en adelante se hará la guerra generosamente, y que nunca permitirá que se empleen otros medios sino los que generalmente reconocen las naciones civilizadas.

—Bueno: no dudo de las buenas intenciones del titulado general Copóns; pero eso no quita que merezcan mil y una muertes los infames sicarios del nuevo Marat, del moderno Robespierre, del presbítero Coret.

—Por desgracia, señor D. Josef, ése logró escaparse.

—¡Y qué crímenes! ¡*Horresco referens!* En fin, como cosa de Coret. Pero, ¿os figuraréis acaso que yo no conozco á Coret? Pues os equivocáis. Conózcote de hace muchos años, de cuando estaba empleado en la Curia. ¡Un perdido, un vicioso, un mal sacerdote! Se escapó de aquí cuando Barcelona tuvo la honra de recibir á los victoriosos ejércitos de S. M. I., y se arrojó á la vida de salteador de caminos.

—¡Papá! No diga V. eso,—replicó Josefina.— Sería un guerrillero, y ya se sabe que no se tiene reparo en calificarles de otra cosa.

—No, señor, no: el infame obraba por cuenta propia, y, socolor de impedir el abastecimiento de Barcelona, quedábase con todo. Pero, en fin, no es eso lo que más importa. ¿No sabemos acaso, todos los que tenemos el honor de figurar en el mundo oficial que Coret era uno de los espías de los PP. Gallifa y Pons, de quienes aprendió el arte de levantar de cascos á cuantos le escuchan una vez? ¿No estuvo metido en la conspiración de Montjuich, y, en una palabra, en todas las que con diabólica pertinacia se han tramado para entregar á los insurgentes la plaza de Barcelona? ¿Y cómo no sentirse poseído de hórrida indignación al saber que Coret no salía nunca hasta ser de noche? ¿Y cómo dejar de enfurecerse ¡oh escándalo! ante el hecho inconcebible, inaudito, de vivir con una mujer llamada Narcisa Roca? ¡Oh! Escuchadme, escuchadme, señor comandante Fauchemont, porque es preciso que sepáis hasta donde llegan el cinismo, la audacia, de mosén Coret, y una vez lo sepáis me excusaréis si no pongo de mi parte la influencia de que, si bien exagerando mucho, ha hablado Josefina.

—¡Pero, señor D. Josef, si yo sé muy bien —dijo el comandante,—todo lo que se fraguó!

—¡Oh! Perdonadme, mi estimado comandante: es imposible que lo sepáis todo, y conviene que os forméis idea de qué clase de gente es ésa, para que mañana que llegue el día de la justa expiación el señor general Decaen no se muestre demasiado humanitario. Pues bien: en casa de esa Narcisa Roca había el arsenal de los diabólicos conspiradores. Allí estaba el veneno para envenenar ochenta caballos de nuestra guarnición, y, por lo mismo, vuestro precioso caballo bayo.

—¡Pobre *Incroyable!*—murmuró el comandante sonriendo.

—Allí el arsénico para envenenar el pan de los soldados; allí los uniformes para los insurgentes; allí los cohetes.

—Presenció el interrogatorio de esa mujer,—interrumpió diciendo el comandante,—y no creo pueda hacerse mejor defensa de Coret. Estando un día de sobremesa, díjole de pronto el cura: «—Narcisa: ¿darías tú la vida por echar los franceses de Barcelona? Seguramente que no. Pues, yo sí.» Un hom-

bre que obra impulsado por tan patrióticos móviles tiene perdonada la mitad de la culpa.

Josefina miró al comandante Regis Fauchemont con una expresión tan extraña, tan indefinible, que el bizarro húsar se sintió turbado.

III

—Sólo puedo atribuir á un exceso de generosidad vuestro singular empeño en querer disculpar á esos envenenadores,—exclamó algún tanto amoscado el señor adjunto.—¿Querréis aminorar la enormidad del crimen de Coret y sus cómplices al querer envenenar á los 6,000 soldados de la guarnición de Barcelona? ¡Ah! (En aquel entonces se abusaba mucho del tono declamatorio.) ¡Ah! ¿Justificaréis también entonces que Coret, en vísperas de llevar á cabo su horroroso intento, pidiera ¡oh sacrilegio! por la Pasión de Cristo Señor Nuestro, que se hicieran rogativas, novenarios y toda suerte de beaterías; que se rezara el rosario; que se expusiera el Santísimo Sacramento en todos los pueblos donde campaban los insurgentes; que se expulsase á las mujeres mundanas; que se pusiera coto á las blasfemias y maldiciones de los migueletes, así como á los trapicheos de sus oficiales y jefes; y, por fin, ¡oh espantable desenfreno de su alma diabólica!, que se cantara el *Te Deum* al saberse la noticia de haber producido efecto la incalificable maquinación? ¿Os parece que podrá nadie escuchar sin indignación un lenguaje tan religioso proferido por un verdadero aborto de los antros infernales?

—El fanatismo explica tan rara contradicción,—replicó el comandante.

—¡El fanatismo! ¡No, señor! ¡Es la maldad, es la rebeldía, es el espíritu de la perversidad! ¡Oh! Gracias, gracias hemos de darle al Señor Dios de los Ejércitos (el adjunto no se atrevió á añadir *napoleónicos*) por habernos librado del espantoso complot, estrellándose por cuatro veces seguidas las infames tentativas de los conspiradores. Y ¡oh justos decretos de la Providencia! esa misma fiera humana, instrumento de Lacy, debió acabar por incurrir en el furor de su amo, que le persiguió hasta hacerle caer en su poder. No, no, comandante: hay que ser inflexible, implacable con los perturbadores, con los conspiradores, y sobre todo con los que con buena ó mala suerte fueron los sicarios de

Lacy, de ese hombre funesto á cuya señal toda Cataluña quedó cubierta de arsénico: arsénico en las aguas de que surtía la guarnición de Gerona, la guarnición de Hostalrich, la guarnición de Mataró; arsénico en el aguardiente destinado á la guarnición de Tarragona; volado el almacén de pólvora de Lérida, á punto de volar con máquinas infernales las murallas de Barcelona. Y aun no para ahí todo. ¿Cómo no hacer caer todo el peso de la ley á esos infidentes funcionarios que vestían á los insurgentes á costa de la desnudez de los valientes vencedores de Austerlitz, Ocaña y Altafulla?

—Es de lamentar todo lo que elocuentemente condenáis, señor D. Josef,—repuso el comandante,—pero bastantes lágrimas se han derramado ya: no hagamos brotar más llanto de los ojos de las madres. En las prisiones de la Ciudadela están aguardando el tremendo trance de la muerte veinte infelices ciudadanos, culpables tan sólo de extraviado amor hacia su patria. Vense representadas allí todas las condiciones sociales: notarios, pintores, hortelanos, marineros, comerciantes, empleados, y esa pobre Narcisa de quien hablabais juzgándola como una furia, siendo así que es una desgraciada esposa abandonada.

—¡No puede ser, no puede ser, comandante!—replicó el terrible adjunto.—Es preciso contestarles como se merece á esos insurgentes. ¡Dios nos libre del día que llegasen á entrar en Barcelona! ¡Ay de nosotros, ay de nuestras propiedades y ay de nuestras vidas! Os veo muy inclinado á favorecer á los brigantes, y con un solo documento voy á hacerlos cambiar de opinión.

—Lo dudo,—repuso sonriendo el comandante;—pero, de todas maneras, os ruego no os molestéis.

—¡No, no! Si lo tengo guardado ahí, en esa arquimesa!

Y diciendo esto fuése D. Josef hacia el expresado mueble, abriólo, apareciendo un bonito patio estilo renacimiento, y tirando de un cajoncillo sacó un papel impreso, blandiéndole á guisa de espada mientras volvía á sentarse al lado del francés, junto al sofá que ocupaba teniendo á su lado á Josefina.

—Voy á leeros ese documento,—exclamó D. Josef con acento doctoral,—y luego me manifestaréis si persistís en vuestras generosas tentativas para que la municipalidad de Barcelona impetere de monseñor el general Decaen el indulto de los facine-

rosos acusados de haber querido envenenar el pan destinado á toda la guarnición. Oíd.—Y D. Josef leyó con campanuda voz el siguiente documento:

«D. Andrés Basigalupi, coronel del regimiento de infantería de línea de Barcelona, gobernador militar y político interino de la ciudad de Mataró y su corregimiento, comandante principal de las reservas, subdelegado de todas las rentas reales y patrimoniales, presidente de la comisión correjimental...»

—¡Ah, sí! Os ruego excuséis la lectura de este documento que conozco perfectamente.

—¿Y no os horroriza su lectura? ¿No pone espanto en vuestro corazón la promesa de abonar 160 reales de vellón á todo paisano que justifique haber matado á un francés? ¿No os indigna la gratificación de 120 reales á todo el que consiga hacer desertar á uno de *nuestros* soldados? ¿No os hace estremecer este... ahí está... este párrafo digno de Diocleciano ó de Robespierre: «Y que si hubiere alguno que se distinga con especialidad, ya sea dando muerte á muchos enemigos ó ya proporcionándoles la desertación y presentación, será premiado en justa recompensa?» ¡Oh caníbales! ¡oh sicarios! ¡oh iroqueses, hurones, en una palabra... salvajes!

Y el digno adjunto, siempre con el papel en la mano, paseábase con agitación y hacía vehementes signos negativos, como si respondiera á la demanda de Mr. de Fauchemont.

—No debéis extrañaros tan sobre manera de esas tristes recompensas,—dijo el ayudante.—La guerra es bárbara, y aun habrán de pasar muchos siglos para que adquiriera cierto carácter de humanidad. Los españoles, indignados por ciertos hechos que no he de recordar, creyeron deber apelar á medios extraordinarios, pero como os he dicho ya, las hostilidades se han regularizado desde que está al frente de las fuerzas españolas del Principado el señor general Copóns. En conciencia, señor de Llobet, creo que convendría seguir una política de pacificación, cosa difícil si por desgracia llegan á comparecer ante el consejo de guerra los veinte detenidos de que os he hablado. No os neguéis, señor de Llobet, por un exceso de... patriotismo, á interponer vuestra influencia para que monseñor el conde Decaen otorgue el perdón á esos desgraciados... Pero, claro está que no os negaréis... ¡oh! yo os lo aseguro... Señor de Lobet, ved...

Y como el digno adjunto cesara en su agitado paseo y se detuviera ante el sofá, el comandante se fialó á Josefina, bañada en un mar de llanto.

—Vuestra hija os pide el indulto, señor de Llobet, —dijo el bizarro húsar.

—Sí, papá,—respondió la hermosa estatua, que por lo visto no era tan insensible como parecía, levantándose de pronto y arrojándose á los pies de D. Josef.—¡Si V. quiere no morirán esos veinte infelices! ¡Sálvelos V., si no quiere que además de la muerte de Miquelet no tenga que llorar también la mía!

—Pero ¿estás loca?—repuso el testarudo afrancesado.—¿Por qué has de tomar con tanto calor la defensa de esos miserables?

—¿No la toma con el mismo calor Mr. de Fauchemont, papá? Yo no quiero que se diga en Barcelona que soy la hija de un hombre que no ha querido evitar la muerte de veinte desventurados; yo no quiero que me señalen con el dedo; yo me moriré de dolor, y de vergüenza...

—No desoigáis la voz de esa angelical criatura, señor de Llobet,—repuso el comandante.—Más aún: el general experimentará el mayor placer en acceder á vuestra petición de indulto y en cambio será para él un doloroso contratiempo no poder dar esta prueba de los generosos sentimientos que le animan...

—Cúmplanse, pues, los deseos que me manifestáis, pero conste que me lavo las manos de las consecuencias que pueda reportar esa excesiva clemencia con los brigantes,—respondió el adjunto.—Voy á extender ahora mismo la minuta del memorial, y mañana convocaré á mis *colegas* para someterlo á su aprobación.

Y con un semblante tan consternado como si le hubiesen dicho que acababa de caerle una casa, salió del gabinete D. Josef, dejando solos á Josefina y al comandante.

IV

—¡Ya es nuestro!—exclamó alegremente Mr. de Fauchemont.—¡Ya es seguro el indulto!

—Gracias, gracias, mi noble amigo,—respondió Josefina, más hermosa que nunca con el vivo carmín que habían tomado sus mejillas y las recientes señales de sus lágrimas.—¡Jamás olvidaré vuestro

generoso proceder y vuestro cristiano interés en favor de esos deventurados! ¡Dios os lo pagará, creedme!

El comandante, como asaltado de repentina tristeza, repuso:

—¡Oh si así fuera! Pero... hay premios... tan difíciles...

—Seguid,—replicó con voz breve Josefina, fijando ardientemente sus ojos en los del comandante.

—Señorita...—repuso turbado el húsar,—os aseguro que no intentaba sorprender vuestra tranquilidad... respeto harto profundamente el apacible sosiego en que vivís para que me permita con mis palabras alterarlo en lo más mínimo...

Mordiése lo labios Josefina, y fijándose de pronto en un ramillete de claveles blancos y pensamientos que había en un búcaro colocado sobre una mesa, delante de un balcón, fuese hacia allí, sacó un clavel, y volviendo rápidamente hacia el militar se lo dió, diciendo:

—Guardad esta flor, que os recordará mi eterno agradecimiento por vuestra buena acción, y quiera Dios que en pago de ella podáis ver logrado todo cuanto anheléis en este mundo.

El comandante, no dudando ya de que se trataba de arrancarle una declaración, exclamó:

—En tal caso, de vos dependería únicamente, señorita.

—¿De mí? ¿Qué puedo yo hacer por vos?

—Podéis hacerme el más feliz de los hombres... con solo una palabra... Josefina ¿podría yo esperar, por vaga que fuese mi esperanza, un... afecto... no puramente amistoso... sino...

—Decidlo sin ambages,—replicó intrépidamente interrumpiéndole la hermosa joven.—¿Querriais decir acaso si yo os podría amar nunca?

—Eso, sí, es lo que quería preguntaros.

—Pues bien, yo os respondo que, desde esta noche, os amo con toda mi alma.

—¡Qué decís!

—Sí.. que os amo, que estoy dispuesta á todo lo queráis de mí.

—¡Josefina de mi alma! ¿Luego os dignariais ser mi esposa?

—Si tal honor me concedierais...

—¡Bendita noche!

En aquel momento entró en el gabinete D. Josef con un papel en la mano, y por poco no queda con-

vertido en estatua de sal como la mujer de Loth... ¡Josefina y el comandante Fauchemont asemejaban talmente Paolo y Francesca en el momento que dejaron de leer!

V

El comandante, desprendiéndose de los brazos de su amada, dirigióse á D. Josef, y le dijo:

—Antes de que podáis exigirme ninguna explicación, señor de Llobet, tengo el honor de pedir os la mano de vuestra hija.

—Le amo con toda mi alma, papá,—repuso Josefina, con el rostro hecho un ascua, tanto era su rubor.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!—exclamó D. Josef, no acertando á creer ni lo que había visto, ni lo que había oído.—¿Qué decis?... Yo no entiendo eso...

Los dos jóvenes, repitieron lo que habían manifestado ya.

—¡Qué alegría tan grande me estáis dando, hijos míos!—exclamó por fin el digno adjunto. Conque ¿tú le querías, y lo negabas, Josefina? ¡Habrás visto! Pues sí... ya lo creó, M. Regis, ya lo creo... Casaos... Os aseguro que es un buen partido... Pero... ved, ved... aquí está la minuta...

—Es nuestro regalo de boda, papá,—exclamó Josefina abrazando á su padre.—¡La vida de veinte desgraciados!

—Pero, esperad, esperad... Voy á llamar á mi esposa. ¡Madronal ¡Madronal...

Y el adjunto, sin temor á la perpetración de nuevos besos salió del aposento dejando de nuevo á solas á los dos enamorados.

No tardó en comparecer la señora del adjunto, mostrando en su semblante más bien sorda irritación que no alegría.

—¿Es cierto lo que dice tu padre, Josefina?—preguntó la pobre madre.

—Es cierto mamá; el señor de Fauchemont acaba de pedir mi mano y yo le ruego á V. se digne concederla. Gracias á él mañana habrán escapado á una muerte cierta veinte desgraciados hermanos nuestros, catalanes, próximos á sufrir la última pena. Cuantas prevenciones pudiera yo abrigar contra los franceses han desaparecido ante las muestras de generosidad y de cristianos sentimientos de mi futuro esposo. ¿Qué importa que defienda una causa combatida por mis hermanos si es digno de

ellos por su noble carácter y sus humanitarios sentimientos?

—No tengo ningún reparo que oponer,—respondió D.^a Madrona, que no podía contener las lágrimas al pensar en Miquelet.—Sed felices... y dejadme á mí llorar al hijo de mis entrañas...

—Madrona...—repuso con cierta irritación D. Josef.

—Es una madre,—respondió el comandante,—y tiene derecho á llorar eternamente al hijo que ha perdido. Señora,—repuso dirigiéndose á D.^a Madrona,—jamás me permitiré ofreceros mi afecto en cambio del de vuestro difunto hijo, pero yo os prometo que habréis de quedar convencida de que en todos los partidos hay corazones honrados...

—¡Oh! no dudo de eso,—contestó la afligida señora.—Ya sé que sois un perfecto caballero y que si todos los franceses fuesen como vos, mi hijo no habría muerto como murió...

VI

Al día siguiente, muy de mañana, reuniase la municipalidad y á propuesta de D. Josef se acordaba elevar á monseñor el conde Decaen una instancia pidiendo no fuesen sometidos á consejo de guerra los procesados por la conspiración de Coret. El general acogió con fruición la demanda, y los veinte infelices fueron indultados de la pena capital, imponiéndoseles en su lugar otras condenas relativamente benignas. El acto de Decaen produjo muy buen efecto en la opinión, horrorizada con el recuerdo de los bárbaros suplicios del P. Gallifa y sus compañeros, y contribuyó á que la guerra se hiciera sin ensañamiento.

Pocos días después de los hechos que acabamos de referir recibíase en Barcelona la noticia de la victoria alcanzada por el coronel D. Manuel Llauder en el valle de Ribas (7 de mayo de 1813), donde después de una larga y empeñadísima refriega fué derrotada una columna de 1,500 hombres, mandada por el coronel Marechal, que tuvo que deplorar más de 300 bajas y otros tantos prisioneros, con gran cantidad de armas y pertrechos. Fué una victoria señalada, que ponía muy de relieve la pericia y denuedo del ilustre militar catalán, agraciado más adelante con el título de marqués del Valle de Ribas.

Y no era éste el único contratiempo que tenían que deplorar los franceses; las plazas de Tarragona y Coll de Balaguer se encontraban siempre en angustiosa situación, faltas de víveres y amenazadas por los españoles, y al regresar á Barcelona el general Maurice Mathieu de una expedición á dichos puntos donde no sin grandes trabajos ha-

bía podido introducir sendos convoyes, fué sorprendido en la Bisbal del Panadés por D. Francisco Copóns que le ocasionó más de 600 bajas y le fué á la zaga por largo tiempo.

Dicho lo concerniente á Cataluña, nos trasladaremos ahora á otras partes en que se desarrollaban no menos importantes sucesos.



CAPITULO V

Charras y lanceros

I

GRANDE animación reinaba en el pueblo de Tamames el día 24 de mayo de 1813. Lord Wellington había llegado por la mañana con dos divisiones inglesas, una portuguesa y considerable número de escuadrones de caballería escocesa. El recibimiento de los leales habitantes de aquel pueblo había sido entusiasta, pero no bastaba esto á explicar la alegría que se veía reflejada en todos los semblantes.

—¡Qué guapo es este inglés!—decía una linda charra cuya cabeza estaba convertida en un rosal.

—Y muy guapo que es,—respondía á su lado una amiga menos bonita que la preopinante;—pero me gusta más aún por lo serio que por lo guapo. No mira á nadie.

—Pues á mí no me gustan los militares si no miran á las niñas y les echan flores.

—Tú eres una española del día, una liberala, Isabelina.

—Teresa, yo soy tan buena española como tú.

—¿Por qué eres liberala, pues?

—Porque sí, porque los liberales son guapos y los servilones no pasarán nunca de ser unos cernicalos. ¿Pues qué te figuras tú qué es Velintón sino liberal, y muy liberal por cierto, y amigo, y muy amigo de los diputados del Congreso que mandan ahora en lugar del rey?

La discusión originada con motivo de las prendas físicas de Su Gracia el duque de Ciudad Rodrigo hubiera acabado quizás de una manera lamentable, á no haberla interrumpido una caterva de muchachos que á grito pelado pasaron por la plaza cantando la canción popular de la batalla de Arapiles:

Velintón en Arapiles,
á Marmón y sus parciales,
para almorzar les dispuso
un gran pisto de tomaaaates.

Y tanto les dió
que les fastidió
y á contarlo fueron
á Napoleón.

¡Y viva la nación!

¡Y viva Velintón!

Atraían sobre todo la curiosidad de los dignos tamamenses las tropas inglesas, cuyos encarnados uniformes eran una novedad para aquellos sencillos habitantes, no menos que los regimientos de hIGHLANDERS, formados de robustos montañeses de elevada estatura, rubios, de ojos azules y marcial continente. Llevaban el traje de su país: gorra adornada de plumas, ceñido el cuerpo por una especie de chaleco, una falda corta ó tonelete en vez de pantalón, con una piel de zorra delante, á manera de delantal,

y un *dirk* ó puñal pendiente á la cintura, desnudas las piernas y cruzado el pecho por el *plaid*, larga banda de tartán de cuadros de vivos colores, sujeta por un broche. Iban armados de fusiles y se distinguían de los ingleses por una expresión mucho más abierta y su aire decidido.

La presencia de aquellas hermosas tropas tenía completamente abstraídos á los vecinos y vecinas del pueblecito, cuando de pronto vino á sacarlos de su contemplación el lejano eco de clarines que tocaban la marcha de caballería española.

—¡Es D. Julián! ¡D. Julián que viene! ¡D. Julián!—exclamaron cuantos se encontraban en la plaza, corriendo á todo correr hacia la carretera de Ciudad Rodrigo.

Era, en efecto, D. Julián Sánchez que al frente de sus lanceros venía á incorporarse á Wellington, juntamente con la división del conde de España.

El duque abrazó con efusión al denodado caudillo salamanquino y le obligó á compartir con él su alojamiento.

II

La presencia de los lanceros puso fuera de sí á todas las buenas mozas de Tamames, no siendo la menos alborotada Isabelita, á quien conocemos ya por su adhesión á la causa constitucional.

Vivía la niña en una granja cercana al pueblo, y poniendo fin á una larga conferencia celebrada con un bizarro lancero, dadas ya de mucho las doce, no tuvo más remedio que irse á casa, donde la esperaban.

El lancero no quiso, sin embargo, que marchase sola, y la invitó galantemente á subir en su caballo para hacer el camino.

Isabel no se hizo de rogar; púsose de un brinco sobre el tordillo, cogió las riendas, y el caballito echó á andar alegremente, llevando al lado á su dueño, ó mejor dicho, llevándolo á sus pies Isabelina.

El lancero dejó á la niña así que estuvieron cerca de la granja y se despidió de ella con un cordial apretón de manos, no sin quedar en que volverían á verse así que quedase despachada la comida.

Iba á entrar la niña en casa cuando apareció en la puerta una matrona, con gestos y ademanes absolutamente agresivos.

—¿De dónde vienes á estas horas?—exclamó

blandiendo una respetable tranca.—¡Qué desvergüenza, Santo Cristo del Perdón! ¡Venirse á caballo! ¡Ya no falta más sino que empuñes también una lanza y te des á correr por esos trigos de Dios!

—¿Qué mal hago yo, madre? ¿Es pecado ir á caballo porque el caballo es de un lancero?

—Ya la soltó, ¡un lancero! ¡Buenos son esos lanceros que no piensan más que en cortejos y amorios!

—¿Que no son buenos los lanceros? ¡Pues poquito que los quiere Velintón! ¿No sabe V. que D. Julián está convidado á comer con él?

—Tú sí que vas á comer lo que no tendrías ganas de probar. Entra, entra, y verás qué julepe.

Pero Isabelina, con la misma ligereza con que D. Julián pasaba entre los franceses sin poder cogerlo, siguió la dirección de una tangente al círculo trazado por la tranca, llegando sana y salva al pie de la escalera que conducía á los pisos superiores.

—Déjala, mujer,—exclamó en esto el marido, saliendo de un cuarto donde se guardaban los aperos de labranza.—¿No ves que es una niña?

—Una niña que me causa la muerte con esos devaneos. ¡Habrás visto! ¡Atreverse á escuchar los requiebros de ese mozo, un perdido, un estudiantón de teología que más debiera pensar en Dios que no en las mundanales tentaciones!

—Déjalo estar, mujer; más vale que se dedique á matar franceses que no á quemarse las cejas para cantar misa. De sobras tendréis curas que la digan, y no salen todos los días valientes como los de don Julián.

—¿Pero no ves que esa chiquitina cualquier día se nos va con ellos? ¡Si ya aprende á montar á caballo!

—¡Bah, todo eso tendrá adelantado! Vaya, vamos á comer.

En esto se dejó oír la voz de Isabelina cantando, mientras ponía la mesa, la canción favorita entonces de todo aquel país:

Quando don Julián Sánchez
monta á caballo,
se dicen los franceses:
ya viene el diablo.

¡Ea, ea, ea,
ea, ea, eh!
Era un lancerito
que me viene á ver;

él me quiere mucho,
yo le quiero á él.

—

Un lancero me lleva
puesta en la lanza.

¿Si querrá que yo vaya
con él á Francia?

¡Ea, ea, ea,

ea, ea, eh!

Era un lancero

que me viene á ver;

él me quiere mucho,

yo le quiero á él (1).

—¿No ves qué descaro? ¡Atreverse todavía...!—
exclamó la airada charra.

—Pues que se quieran,—repuso el marido.—Yo
no soy lancero porque voy ya cuesta abajo, que á
tener veinte años, ¡vive Dios que no había de tener
D. Julián quien me ganara!

Del mismo parecer fueron también tres arrapie-
zos que corearon á voz en cuello la canción de su
hermanita, y lloraron como unos desesperados mien-
tras engullían los sopirritones, queriendo que los
llevasen á ver á Velintón y á D. Julián.

III

El lancero esperaba á Isabel en el mismo punto
donde la había dejado, á la sombra de un olmo,
orilla de un arroyo, pero no parecía estar del me-
jor talante.

La intrépida niña no esperó á acabar de quitar
la mesa para salir de nuevo á *hablar* con el mili-
tar, confiada en que las maternales amenazas no
llegarían á tener cumplido efecto, pues estaba acos-
tumbada de muchos meses á semejantes mohinas.

Era Isabel indudablemente la más bonita charra
de Tamames y sus contornos. De arrogante figura
no hay para qué decirlo siéndolo todas las de aquel
país; pero era además de eso verdaderamente bella
por sus hermosas trenzas rubias, sus dulces ojos de
color de cielo, fina nariz y encendidos labios, que
formaban una deliciosa mancha encarnada sobre la
blancura de la tez, graciosamente matizada por al-
gunas menudas pecas.

Tienen fama las charras de ser enamoradas y
sensibles, y no se desmintió tan lisonjero mote en
aquella heroica época. Aquellas hasta entonces so-
litarias montañas y llanuras viéronse convertidas
durante la guerra en principal teatro, y los sala-
manquinos, que de luengos años no habían visto en
su territorio más que naturales del país, pudieron
contemplar desde el año ocho todo linaje de gentes
extranjeras, desde los hijos del Vístula á los román-
ticos montañeses de los *clans* de Escocia, desde los
petulantes provenzales á los fríos ingleses, desde
los italianos de Franceschi á los alemanes de Leval.

Tal cambio en sus costumbres y monótona exis-
tencia removi6 las profundas fibras de su ser y puso
en conmoción las pasiones y sentimientos latentes
en sus ánimos; de ahí que en aquella tierra, donde
el valor había sido siempre un distintivo de sus hi-
jos, probado en los peligrosos ejercicios taurinos de
los *herraderos*, donde las mujeres habían amado con
pasión cantada por los insignes poetas de la escue-
la salmantina, surgieran guerreros como los que se
cubrían de gloria á las órdenes de D. Julián Sán-
chez, se hicieran defensas como la de Ciudad Ro-
drigo y se dieran casos de abnegación femenina
como los innumerables que corrían de boca en
boca.

El lancero no pudo contener un movimiento de
orgullo al ver venir hacia él á la bella niña, disi-
pándose la expresión algo sombría, hasta entonces,
de su rostro, y exclamó:

—¡Por Dios y por los santos, que si no tuviera yo,
por la obligación que me he impuesto, que pelear
por la patria y por la libertad, batiérame como don
Quijote por la dama de mis pensamientos, la sin
par Isabel Fresneda!

—Gracias mil, señor caballero, por sus corteses
frases,—respondió Isabel con deliciosa ironía, en-
señando sus blancos dientes.—Espero, sin embar-
go, que la patria y la libertad no harán que olvidéis
en las batallas á la hermosa fembra ó castellana,
como mejor quisiéradés, del castillo ó granja, según
más vos acomode, de los Chaparros.

—Señora mía, prometo que enviaré á los pies de
vuestra fermosura á un desaforado gigantazo que
vendrá á suplicaros os dignéis disponer de su futu-
ra suerte.

—¿Eso me prometéis, señor caballero... de la
Hermética?

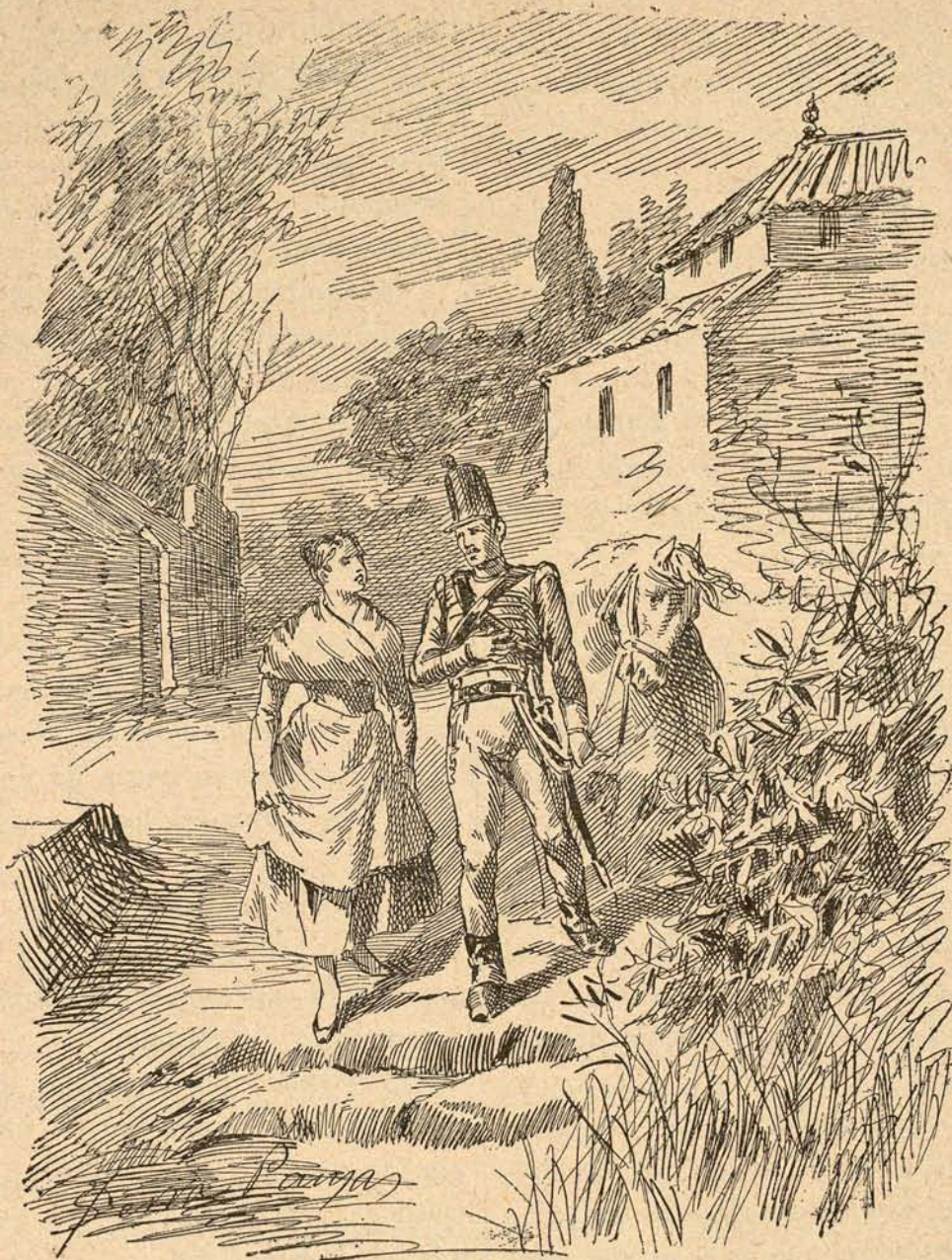
(1) Recogida, lo mismo que la anterior, por el insigne Mesonero
Romanos.

—Eso os juro, serenísima señora princesa de los candeales.

Si el mozo no era lerdo, la moza no era menos lista y tenía ciertos barruntos de los libros que había tirado el buen bachiller Luis Martínez.

La conversación en medio de toda su chunga tenía cierta gravedad.

—Basta ya de caballerías, en plural,—dijo Luis,—y vengamos ahora á lo que tenía que decirte, Isabel mía.



—Eso os juro, serenísima señora princesa de los candeales

El lancero tomó de las riendas al caballo y pasito á paso fueron acercándose al pueblo la niña y el galán.

—Isabelina, la campaña que ahora ha comenzado será larga tal vez y quién sabe si peligrosa: vamos á jugar la partida decisiva. Yo juro serte fiel eternamente; prométeme tú que si muero no te casarás con otro que con quien haya peleado en favor de nuestra sagrada independencia. Corren por ahí malos españoles que han osado abandonar la causa na-

cional... ¡anatema sobre ellos! Si á la hora de morir se me representase que pudieses tú unirte en tu vida con alguno de ellos, creo que tendría fuerzas todavía para venir á maldecirte.

—Me ofendes, Luis, con todo lo que has dicho. Perderte á ti, sería yo morirme. ¿Qué piensas, pues, en que dé mi mano á otro? ¿Qué te atreves á advertirme de que me niegue á recibir ni la salvación eterna de un afrancesado?

—Gracias, Isabelina, y no hablemos más de eso,

que de todos modos es una tontería, pues hartó sé yo que ninguna bala ha de tocarme, aunque pasen cien mil por donde yo me encuentre. Pero eres tan bella, eres tan hermosa, que no debes extrañar que tenga yo celos hasta de mi propia sombra.

—¿Por qué me hablas así y me miras con esos ojos?

—Por nada, créelo. Aprensiones mías.

—¿Pero aprensiones de qué? ¿Qué motivo tienes, por mínimo que sea, para dirigirme esas palabras que me has dicho?

—Oye, pues: hay un oficial en el estado mayor del conde de España que no ha dejado de mirarte mientras estábamos hablando y luego nos ha venido siguiendo, hasta que al reparar que yo había notado su importunidad, ha vuelto grupas; pues bien, quiera Dios que me equivoque, pero la cara de ese hombre no me gusta, la cara de ese hombre me hace sospechar no sea un traidor. Pero yo seguiré sus pasos, yo le vigilaré.

—¡Visiones tuyas! Si no es más que por eso por lo que me has hablado con tanta ceremonia, cree que hay más motivo para que me ría que no para que haga mucho caso de tus palabras. Bien harás en vigilarle si te parece un felón, pero en cuanto á mí, no debes imaginar siquiera que yo me vuelva á acordar más, siquiera, de lo que me has dicho. ¡Ea, lancerito mío! á matar gigantes y no descuidarse en mandarme vivo al gran Alifanfarón ó al terrible Caraculiambro.

—¡Cómo me tranquiliza tu risa franca y tu mirada clara y límpida, más que las aguas de este arroyo! Gracias, Isabel mía, pero no puedo ya detenerme más. Tocan á montar y nosotros vamos á la vanguardia. Adiós, quiéreme siempre, y está segura de que terminada la campaña, en vez de volver al seminario nos iremos juntos á la vicaría.

No pudo contener la niña algunas lágrimas, quitóse una rosa de las que llevaba en la cabeza y dióla á Luis Martínez, que la llevó á sus labios, ostentándola luego en su pecho, sujeta á los alambres de la chaquetilla.

Las tropas anglo-hispano-portuguesas salieron de Tamames, atravesando por los espesos bosques de aquel terreno áspero y quebrado y pernoctaron en Alba de Tormes, otra vez en poder nuestro, gracias á la bizarría de Morillo.

Además de la división de este general encontrá-

base también en Alba la inglesa de Hill, formando ambas la derecha del ejército aliado.

IV

Al día siguiente entraba Enrique Osorio en el alojamiento ocupado por el brigadier Espinosa, héroe principal de la toma de Alba de Tormes, alcanzada por los cazadores de la Unión.

Espinosa quedó visiblemente afectado recordando sin duda las tristes escenas de la muerte de Rosario.

Osorio le abrazó cariñosamente, y sin mentar para nada lo anteriormente ocurrido, hablóle en seguida de la campaña en que iban á pelear juntos.

—Ya verás como no paramos hasta París,—exclamó Osorio.—Me conviene ir allá sin falta.

—¿Pues, por qué?—repuso Espinosa, creyendo adivinar el motivo.

—¡Cómo! ¿No sabes acaso que los franceses se me llevaron á Eponina?

—Nada sabía de eso.

—Lo que oyes. Tenia yo á la pobre muchacha muy guardadita en Salamanca, donde iba á verla todas las veces que podía escabullirme, y creí que estaría segura también allí aunque debiésemos retirarnos y volver Salamanca á caer otra vez en manos de los vencidos de Arapiles. Entran, en esto, el día de San Eugenio, el 15 de noviembre, y no se les ocurre mejor manera de desquitarse de la derrota anterior que volando las mejores calles, templos y edificios de la infeliz ciudad. Eponina vivía en la calle Larga; empiezan á reventar minas, á arder casas, á desplomarse paredes y campanarios, y la pobre muchacha, sobrecogida de terror, se lanza á la calle, despavorida y medio asfixiada por el humo. Corre sin saber á dónde y tropieza con una patrulla. ¡Alto! Interrogatorio al canto. ¿Una francesa? ¿Quién es V.? Sale un barbilindo: ¡Oh, ma belle! ¡Ma belle infidele! Cuatro tiros ó seguirme. ¿Qué había de hacer la pobre muchacha? ¡A Francia! No sola, sin embargo, sino en compañía de tres ó cuatro sobrinas de la *tía Fingida* destinadas á los *menus plaisirs* de los *gros banquiers* del *grande Empire*. Ahí ves.

—¿Y has tenido noticias tuyas?

—Puntuales y exactísimas desde *Toulouse*. No falta en Madrid quien se encarga de recibir cartitas que van á parar á Ciudad Rodrigo.

—Me alegro de tanta fidelidad.

—Por lo mismo, estoy en el deber de ir á rescatar á esa paloma del poder de los milanos que la cercan.

—Iremos á Tolosa, pues; no hay más que decir.

—Iremos, sí, señor. ¡No faltaba más sino que no fuéramos!

—Adelante, pues, que si necesitáis caballo ahí está el mío...

—Gracias, D. Roldán, ya tengo, pero sí os ruego me dejéis vuestra espada de combate cuando llegue el momento de batirme con el mozo que se llevó á mi princesa.

—¿Sabéis quién es?

—Sí, sí. ¡Oh, prosa vil! Un auditor del Conseil d'Etat, un pekin, Mr. Anacarsis Diomedes, *Le Roy des Trois-Barbouillards*.

—En este caso, más que con Enrique Osorio, debiera batirse con el senhor José Luis Cristóbal Barretto Silva Figueira Leal Coutinho de Castello Grosso, nuestro simpático comisario de guerra portugués.

V

Había sido el intento de los franceses impedir el paso del Duero á los ejércitos aliados; pero les había salido mal este propósito, puesto que varias divisiones inglesas habían cruzado ya el río en Portugal, con gran sorpresa de los enemigos, sobrecogidos, y que no atinaban por dónde habían podido plantarse aquellas tropas á la derecha del río.

La izquierda de Wellington se encontraba, pues, á la otra orilla del Duero, disponiéndose ahora á cruzarlo por Toro el centro y la derecha. Había para ello que pasar el Tormes por Salamanca y en su virtud dió Wellington orden de marchar sobre esta ciudad, ocupada por Villatte.

Todos ardían en deseos de pelear, distinguiéndose, empero, los lanceros de D. Julián, que como hijos del país estaban irritadísimos contra los franceses por los desmanes cometidos desde que habían vuelto á enseñorearse de aquellos pueblos, cuando la retirada de Wellington á Portugal, medio año antes.

Ya los franceses conocieron que iba á combatirse con más furor que nunca por el carácter de las recientes refriegas que había habido. El ataque de Alba de Tormes, por Morillo, habíase verificado con un ímpetu y aplomo que no estaban acostumbrados á ver los contrarios. La guarnición francesa de Alba,

compuesta de infantería y caballería, fué arrojada al otro lado del río perseguida por los nuestros, y no paró hasta Huerta.

Los franceses, para contrarrestar la marcha de los aliados, habían abocado á Castilla la Vieja los tres ejércitos del Norte, Centro y Mediodía, asumiendo el mando en jefe José Napoleón, que tenía establecido en Valladolid su cuartel general. Era su jefe de estado mayor el mariscal Jourdan y estaban á sus órdenes Reille, Clausel, Drouet d'Erlón, Gazán, Foy, etc.

José veía con desesperación que iba á perder la línea del Duero, después de haber tenido que abandonar la del Tajo. Pronto iba á convencerse el francés del poderoso talento militar de Wellington y á la vez del alto grado de instrucción, disciplina y marcialidad que habían adquirido de pocos meses á aquella parte los ejércitos españoles.

VI

El 27 de mayo abandonaban los franceses á Salamanca después de un recio combate en el cual dejaron 200 prisioneros y tuvieron grandes bajas. De nuevo veía la ciudad entrar á las tropas españolas y á los ingleses de Wellington, con la confianza ahora de que ya no volverían más los franceses, tantas veces arrojados de allí y vueltos á dejar sentir su ominoso yugo.

El capitán Osorio fué á hospedarse en su casa con Espinosa, sintiéndose hondamente conmovido al encontrarse allí con el marido de su hermana.

Pasaron los dos á un salón adornado con retratos de familia, entre los cuales figuraba uno bellissimo de Aurora, obra de Bayeu.

Mirólo Enrique largo rato y dijo á Espinosa:

—Falta el de tu mujer.

—Espero, sin embargo, que pronto tendremos ocasión de que pueda estar aquí con los demás. Se los encargaremos á Goya, cuando vayamos á Madrid.

—¡Qué disgusto me dió esa muchacha con su escapatoria con el polaco!—dijo señalando con un ademán el retrato de Aurora.—Pero luego he vuelto á tener noticias tuyas y todo se lo perdono ya.

—¿Qué, has sabido?

—Hará dos meses recibí cartas de Cádiz, de los generales Miranda y Revoredo, en que me daban

las más gratas noticias respecto á la acogida que les había dispensado en Rusia.

—¡Cómo! ¿Están ya otra vez aquí Miranda y Revoredo?

—¿Pues no lo sabías?

—¡Hemos estado tanto tiempo sin recibir cartas en los acuartelamientos de Extremadura!

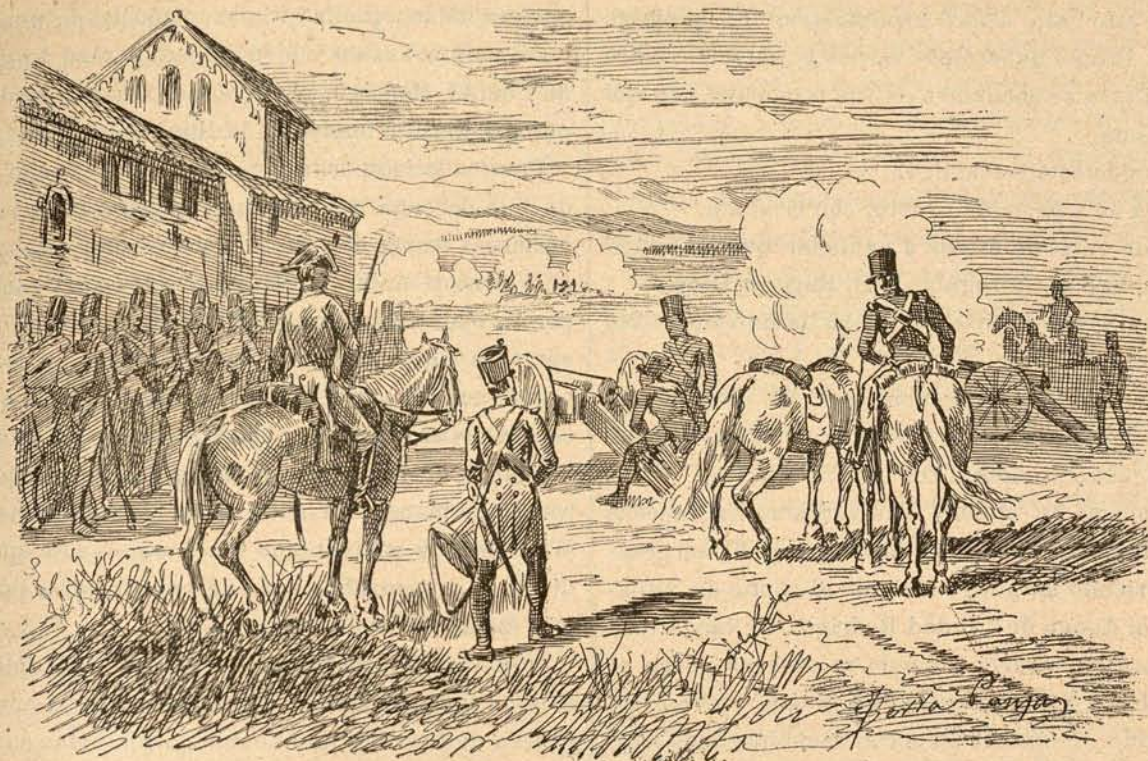
—Es extraño, sin embargo, que no tuvieses noticia de esto.

—Y mucho lo siento, ligándome tan estrecha amistad con esos bravos patriotas.

—¿Quién era el encargado de recibir la correspondencia?

—Un oficial del estado mayor de D. Carlos de España, pero no hay que sospechar de él.

—Sin embargo, parece extraño que habiéndote escrito Miranda, según me dice, repetidas veces, haya ocurrido semejante extravío.



Ataque de Alba de Tormes

—Procuraré enterarme de cómo ha sido, tanto más en cuanto según creo ese oficial debe hallarse aquí con el general España.

—Creo que harás muy bien; pero volviendo á lo que estábamos diciendo, ha sido para mí una gran satisfacción saber que Aurora ha dejado para siempre de sentir simpatía alguna por nuestros enemigos y creo que por tu parte habrás aprobado también lo hecho por la condesa Julia.

—Sí, por cierto; mucho me satisfizo que á pesar de la horrible pena que debió causarle, rompiera aquellos sacrílegos amores y volviera al seno de la religión, pero me entristece saber que no se contentó con la vida del convento, sino que desapareció

para hacer penitencia en lo más áspero de estas sierras. Nadie ha sabido darme razón de ella, por más que he preguntado mil veces durante el camino al atravesar las montañas que separan á León de Extremadura.

—Grande fué su culpa y grande ha de ser también la expiación; por lo demás, el marqués de Lagarde se consoló perfectamente con su antigua querida.

—El marqués es noble y generoso; fué tan desastrosa aquella expedición, que quizás obraría movido más bien por lástima que para buscar un consuelo á su dolor.

—Eso creo también; Eponina me dice que la con-

desa de la Chategneraie no es la misma de antes, sino que está muy desmejorada y aun se barrunta si le dan como accesos de locura.

—¡Pobre mujer!

—No dirás eso de la duquesa de Orgiva...

—¿Por qué? ¿Ha olvidado ya á su malogrado esposo?

—No digo que lo haya olvidado, pero sí que Revoredo parece muy esperanzado de conseguir su blanca mano.

—En este caso, estará contento también mi amigo Fraser. Pronto deberemos vernos y entonces sabré á qué altura se encuentra en sus relaciones con doña Brianda.

—¿Dónde está ese amigo?

—A la otra parte del Duero, con Graham.

En esto entró un criado á anunciar que un lancero pedía hablar en seguida á D. Enrique Osorio.

Salió el joven capitán y al cabo de un rato volvió á entrar.

—¿Cómo se llama ese oficial de E. M. de quien hablamos, encargado de recibir la correspondencia?

—No recuerdo bien. Creo que Pérez.

—El mismo es, Manuel Pérez Silva. Un lancero acaba de llegar para noticiarme que le ha sorprendido abriendo un pliego dirigido al conde de España por el duque de Ciudad Rodrigo. El lancero lo traía para entregarlo al conde en persona, pero el otro se lo ha quitado, mandándole que se retirase en seguida. El lancero ha hecho como que obedecía, pero como corteja á la hija de la casa, le ha encargado mirase lo que hacía el oficial, y Meneigüela, que así se llama la muchacha, ha corrido á decirle que el caballero aquel había entrado en la cocina, como un vulgarísimo mortal, había colocado el pliego sobre un puchero de agua hirviendo y que al favor del húmedo calorillo que de allí salía se había despegado al poco rato la oblea del sobre, leyendo entonces lo que decía el contenido, de donde inferirás que no es malo que los lanceros sean enamorados y que las charras sean sensibles.

—Bien está; ya cuidaremos entre los dos de ajustarle las cuentas á ese señorito.

—Recuerda bien el nombre, Manuel Pérez Silva.

VII

Dos días permanecieron en Salamanca las tropas acaudilladas por Wellington; el 29 de mayo salió el

duque llevándose el centro y retrocediendo á la frontera de Portugal, donde pasó el Duero, frente á Miranda, habiendo dejado entre el Tormes y el Duero las divisiones España, Morillo y la inglesa de Hill, pero no la caballería de D. Julián Sánchez, que había querido de todas maneras que le acompañara.

Los movimientos de Wellington habían sido ejecutados con tales precauciones y tanta celeridad, que el enemigo los ignoró del todo hasta que se vió encima todas aquellas tropas, conociendo entonces claramente el sabio y bien entendido plan del duque de Ciudad Rodrigo, y cayendo, aunque tarde, en que era inútil é imposible la línea del Duero.

Puestos la izquierda y el centro del ejército aliado á la derecha del Duero, y engrosadas aquellas hermosas tropas con las divisiones que estaban en el Vierzo y Asturias, mandadas respectivamente por D. Pedro Agustín Girón y el bizarrísimo Porlier entraron juntas en Toro, donde aguardaron se les reuniesen Hill y Morillo. El conde de España quedó con su división guarneciendo Zamora, Salamanca, Ciudad Rodrigo y Toro, y todas las demás pusieron en marcha el 6 de junio, acaudilladas por Wellington y adelantando tan rápidamente que el día 12 se encontraba el ala derecha frente á Burgos y la izquierda en Palencia.

José Napoleón se había retirado de Valladolid ya el día 4 y se encontraba por entonces en la antigua cabeza de Castilla, que abandonó con todas sus tropas el 13 de junio.

La caballería de D. Julián Sánchez había hecho proezas todos aquellos días, especialmente en un choque que hubo entre Toro y Tordesillas, y posteriormente también, al presentarse Hill delante de Burgos.

Los franceses antes de abandonar esta ciudad tomaron el castillo, que quedó reducido á un montón de escombros; pero no fué esto lo malo, sino que había en los almacenes infinidad de bombas y granadas que ocasionaron desgracias sin cuento en la ciudad, lo mismo en edificios que en personas.

VIII

Después de la heroica hazaña que acabamos de referir, tomaron los franceses el camino de Vitoria yendo por Pancorbo y Miranda de Ebro, si bien no muy de prisa.

Creía José Napoleón que con poner el Ebro por en medio entre los aliados y los franceses estarían éstos mejor resguardados, además de tener cerca su ejército del Norte y cercana la frontera del imperio. Estar á la otra parte, era como estar en Francia, decíase el buen hombre.

No contaba, empero, el excelente José, con que los españoles que le venían á la zaga corrían más que sus tropas y que al pasar éstas el Ebro por Miranda lo habían cruzado ya por Polientes, más arriba, las divisiones de Girón, Porlier y Graham. El centro, mandado por Wellington, lo atravesó por San Martín de Linés, en el valle de Valderribles, y la derecha aliada por Puente de Arenas, en la merindad de Valdivielso. El 18 agregóse á Graham la división Longa, en Medina de Pomar.

A pesar de estarse en el mes de junio no podía ser más desapacible el tiempo que reinaba. Las marchas de los aliados eran admirables bajo el punto de vista estratégico, pero aumentaban más el mérito de su rigurosa precisión las penalidades que debían sobrellevar aquellas beneméritas tropas.

Estaban intransitables los caminos, tanto por el terreno, fragosísimo de suyo, como por las copiosas lluvias que habían sobrevenido. No era la nieve, como en Rusia, lo que obstruía el paso, sino el barro; así es que los zapadores tenían que abrir continuamente camino para que pudiese pasar la artillería, hundida á cada momento en aquellos lodazales.

El país que atravesaba el ejército anglo-hispano-lusitano era de los más pobres de España, y en consecuencia muy despoblado y con los efectos de la guerra más miserable que nunca. Tierra estéril de suyo y devastada por la invasión extranjera, no era ciertamente á propósito para bastar á la provisión de aquel numeroso ejército.

Reinó, pues, el hambre á veces, pero todo lo sobrellevaban con paciencia aquellas tropas, confiadas en que se acercaba el momento de aplastar para siempre á los ejércitos enviados por Napoleón para tener avasallada la península.

IX

La presencia de los aliados allende el Ebro concertó completamente á José y á los generales que estaban á sus órdenes. Antes los habían visto á la

otra orilla que pensar en cómo disputarles el paso. La aparición rápida, inesperada, de Wellington en las montañas de Vizcaya y Álava y la presencia del cuarto ejército español, al mando de D. Pedro Agustín Girón, junto á Bilbao, ocasionó á José y á las tropas que regía un verdadero pánico, reconcentrándose precipitadamente en Vitoria, fortificándose en Bilbao y Santoña y abandonando Castro Urdiales y Guetaria.

Todo anunciaba la proximidad de una batalla campal, que de ganarla los franceses no haría más que demorar por algún tiempo más la guerra; pero que de perderla, era el fin decisivo de la invasión extranjera, la retirada vergonzosa del rey intruso, el triunfo supremo de España sobre Napoleón.

El día 20 de junio tenía Wellington sus cuarteles en Subijana de Álava, su izquierda frente á Vitoria, y su derecha, compuesta de los ingleses de Hill, los portugueses del conde de Amarante y la división Morillo, frente á las alturas de Nanclares.

Mendizábal bloqueaba á Santoña, mientras el ejército de reserva, organizado en Andalucía por el conde de La Bisbal y llegado ya á Castilla la Vieja, quedaba en Pancorbo sitiando á la guarnición que habían dejado allí imprudentemente los franceses.

X

Espinosa, Méndez y Fraser se encontraron otra vez juntos en el campamento de Nanclares. El bizarro teniente coronel mandaba un batallón del regimiento de la Constitución y Fraser era ayudante de Hill.

Muchos meses habían pasado sin que hubiesen tenido noticia los dos militares españoles de su amigo el inglés, si bien éste había estado perfectamente enterado de los brillantes hechos de armas de Espinosa en el ataque de Alba de Tormes al frente de los cazadores de la Unión y de la brigada Doyle, no menos que del temerario comportamiento de Méndez al desalojar á los franceses de las alturas de Hormazas, cuya derrota fué la señal del abandono de Burgos.

—¡Qué marcha ésta!—exclamó Méndez dirigiéndose á Fraser.—¡Qué gran general el duque de Ciudad Rodrigo! En menos de un mes, tropas salidas del fondo de Extremadura, Portugal, Galicia y Asturias se encuentran hoy cercando á los franceses en sus últimas defensas. La línea del Duero, las líneas del

Carrión y del Pisuerga, la línea del Ebro, finalmente, han sido franqueadas por los aliados con una regularidad como á compás.

—Gracias mil en nombre de mi nación, amigos míos,—repuso Fraser;—aquí es donde se habrá formado lord Wellington para en su día batir á Napoleón ya de una vez para siempre, en un campo decisivo. El duque de Ciudad Rodrigo no duda ni por un momento del buen éxito de la batalla que se prepara, seguro del valor y disciplina de todos sus soldados.

—Aunque así nó fuera, bastarían á darle ilustre fama el avance y comienzo de la actual campaña,—replicó Espinosa.—¡Qué seguridad! ¡Qué manera de calcular con precisión matemática las marchas, de anticiparse á los designios del enemigo, de prevenir todos sus movimientos, de tener á éste en continua alarma y recelo, de obligarle á abandonar casi sin resistencia sus mejores puestos: Alba, Salamanca, Toro, Zamora, Valladolid, Burgos, Miranda, Castro Urdiales!

—Maniobras han sido que denotan en vuestro general un estratégico de primer orden y merece loor eterno.

—¿Qué no se puede hacer con soldados como vosotros? Nada ha bastado á hacer flaquear vuestro

valor en medio de los críticos instantes que hemos tenido que pasar. Vuestros generales han secundado todas las órdenes con una puntualidad y precisión que bastarían por sí solas para estar orgulloso de poder disponer de tales capacidades. No hablo de la pericia y valor del intrépido Morillo, ni de la incomparable osadía de Porlier. ¿Qué hay superior á la gran estrategia de D. Pedro Agustín Girón, comparciendo en Villalpando á la hora prefijada á pesar de haber tenido que vadear ríos crecidos con las lluvias y que atravesar por entre franceses, esquivando dar batallas según se le había prevenido?

—Todo dará ahora su resultado,—dijo Espinosa.—Las armas aliadas, vencedoras en la próxima batalla, darán la paz al mundo, derrocando de su pedestal al tirano opresor de Europa.

Tal era el espíritu que animaba sin distinción á las tropas que conducidas por el *duque de Hierro* desde el lejano occidente de España, hasta tocar en la frontera francesa, esperaban impacientes la señal de comenzar el fuego.

En esta situación les dejaremos, trasladándonos ahora á la desamparada capital del reino, donde ocurrían cosas muy dignas de ser contadas, para lo cual deberemos retroceder un mes atrás.



CAPÍTULO VI

La familia Tamajón

I

LA marcha de Soult á Francia, en abril del año en que se desarrollaron los sucesos de que estamos dando cuenta, había sido ocasión de que las tropas que ocupaban antes á Castilla la Nueva se encontrasen muy disminuidas; así fué que quedó sumamente mermada la guarnición de Madrid, obligando lo reducido de su número á mostrarse los invasores más comedidos que hasta entonces con los naturales, si bien lo que ganaban los madrileños en buen trato lo perdían en dinero, ya que las contribuciones eran incesantes y onerosísimas.

Daban las dos de la tarde del día 25 de mayo de 1813 y se preparaban los honrados moradores del cuarto segundo de la casa número 37 de la calle de los Leones á despachar la invariable olla de garbanzos, servida ya en la mesa, cuando dos aldabonazos dados en la puerta de la calle hicieron suspender el comienzo de aquel importante acto.

Digamos ahora que los habitantes de aquel cuarto eran el señor D. Toribio Tamajón, administrador general de los bienes de D.^a María de los Dolores Portocarrero Orozco de las Cuatro sendas, marquesa viuda de Montefuego, y la apreciable familia del preinserto administrador, compuesta de su señora D.^a Emerenciana, de dos niñas casaderas llamadas respectivamente Juliana y Felipa, y de un mocito de unos doce años conocido familiarmente por Cu-

rro, y no había más, puesto que la familia no podía permitirse el lujo de tener criada en razón á lo malo de los tiempos.

Modestísimo era el ajuar de la casa: sillas de Victoria y una mesita de pino con un velón de cuatro picos en el recibidor, adornado además con varias estampas representando la historia de Loth y sus hijas, con caras y trajes éstas de la época del Directorio; una mesa cuadrada de madera blanca que podía extenderse levantando dos tablas dobladas á cada lado, algunas sillas, dos sillones de enea y un canario dentro de una jaula en el comedor, sirviendo aquí de adorno en las paredes dos guitarras y una pandereta; una sala con alcoba, con balcones á la calle en la parte de delante, amueblada con sofá de estrechísimo asiento, sillas de madera barnizada con respaldos en que había pintados unos países, sendas cornucopias en las cuatro paredes y una cómoda sobre la cual descansaba un gigantesco escaparate con figuras, montes y árboles de bulto representando la Resurrección, y seguidamente el despacho del dueño de la casa, consistente en una mesa pintada de negro y sobre ella un enorme tintero de plomo, legajos y un *quinquet*; un armario sobrado pequeño, si era para guardar los libros, con cortinillas de percal de color de rosa para evitar la curiosidad de los que quisieran enterarse del

contenido, y un gran cuadro representando el lienzo de la Verónica de tamaño más que natural y de dibujo eminentemente fantástico.

Varios cuartos oscuros, en que no osamos penetrar por respeto á la castidad, servían de dormitorio, suponiendo que una especie de calabocillo sería el sagrado de la cocina en que se preparaban el chocolate y los garbanzos diariamente y los estofados de carnero los domingos.

II

Ocupándonos ahora en el personal de la casa, debemos decir que D. Toribio Tamajón era un respetable quincuagenario, alto, flaquísimo de carnes, de aire modesto y covachuelista y fisonomía eminentemente insignificante, como de hombre poco dado á pensamientos de alto vuelo y exento de tempestuosas pasiones; sólo se le conocía cierta afición al jaqueto y á las comedias de espectáculo, pero en lo demás era dechado de la más perfecta templanza, una de las más apreciables virtudes cardinales.

Formaba contraste con él, por lo que respecta al volumen y estatura, su digna esposa D.^a Emerenciana Carvajal, antigua maestra costurera, beldad celebradísima en los buenos tiempos del príncipe de la Paz y espejo de pulcritud en su vestido y partes subyacentes y adyacentes. Era blanca sin ponerse polvos ni cosa de droguería, de ojos negros y brillantes, nariz algo desenfadada y delicioso cuello, cortito pero redondo, con un lunar en el lado derecho.

Julianita se parecía á su papá en punto á delgadez y porte humilde; iba siempre de negro por haber hecho voto de vestir diez años el hábito de los Dolores, y era reputada como bordadora habilísima; nada había en su fisonomía morenita que llamase la atención, á no ser cuando oía hablar de los franceses, en cuyo caso frunciábase sus negros ojos con extraña expresión, como de odio mezclado con desprecio, y se ponía pálida.

La hermanita, Felipa, era, en cambio, un pimpollo en toda la extensión de la palabra; gustábale, hasta rayar en manía, el color de rosa; era rubia, insolentemente bonita, lozana, bien modelada, reidora y sobradamente ceceosa.

Y con decir ahora que Curro era un muchacho

viva imagen de su madre y, por contera, jefe de pelea de los chicos de su barrio, quedan terminadas las filiaciones de toda la familia.

III

Bueno será ahora que, hecho ya el retrato físico, demos ligera cuenta de la historia económica, moral y política de los Tamajones, datos importantísimos, como verá en lo sucesivo el curioso lector, para la comprensión de ciertos hechos, porque de la aparente tranquilidad de aquel hogar, que parecía una égloga, podía decirse también con el poeta: *Latet anguis sub herba...*

En efecto, la hidra de la política se albergaba allí, disimulada y esperando la ocasión de devorar á alguien. Allí estaban representados los tres partidos, nada más que tres, en que se dividían entonces los españoles: D. Toribio, Juliana y Curro profesaban en alta voz sus opiniones netamente favorables al rey absoluto; la señora de la casa, antiguo ídolo de diversos poetas, era liberal, como Quintana, y la hermosa Felipa ¡horror de los horrores! abrigaba en lo más recóndito de su fuero interno execrandas tendencias josefinas.

Corolario de tan lamentables diferencias políticas, afortunadamente no salidas á la superficie todavía, eran los distintos gustos literarios de las niñas, puesto que los papás no se metían en tales cosas como era leer libros. No ocultaba Juliana su afición á las comedias calderonianas, y aceptaba, á falta de ellas, los espantables engendros de D. Bernardino José de Reinoso y Quiñones, D. Manuel de Iparraguirre, Solano, Mello, Solo, Laviano y demás malandrines, al paso que Felipa era moratinista decidida y enemiga verdaderamente implacable de las comedias *desarregladas*.

No habían trascendido tales diferencias á otras esferas más delicadas que el arte y la poesía, reinando completa unanimidad respecto á religión.

Para concluir, diremos que el señor D. Toribio recibía de la marquesa de Montefuego la cantidad de ochocientos reales vellón al mes, figurando como ingresos adicionales los bordados de Juliana y la costura de Felipa, pues ha llegado ya el caso de decir que Felipa era la encargada de *confeccionar* los trajes de la Excm. Sra. D.^a María de los Dolores Portocarrero, etc., etc.

IV

Repitiéronse los dos aldabonazos, sin dar tiempo á que Julianita saliese á la escalera á preguntar: —¿Quién?—visto lo cual abrió la puerta Felipa, pronunciando el conciso pronombre, propio de aquel caso en todos tiempos.

—De parte de la señora marquesa, que vaya en seguida D.^a Felipa á su casa. Díganle que el coche está esperando.

—¿Qué te querrá con estas prisas la señora?—dijo Juliana.

—No sé, como no le haya dado la manía de no dejarme comer á la hora.

—Anda, pues, niña, y vuelve pronto,—repuso D.^a Emerenciana.

—No tardes, sí,—añadió D. Toribio.

—Despacha pronto,—agregó á lo dicho Curro.

—No estén Vds. con cuidado,—respondió Felipa,—el coche me volverá aquí en seguida.

Felipa entró en la sala, se puso una flor, prendióse la amplia mantilla, salió á la puerta, santiguóse y murmuró:

—¡Dios me perdone!...

Luego bajó rápidamente las escaleras, y al llegar al portal vió que al extremo de la calle, junto á la del Desengaño, había parado un vehículo.

La niña entró en el coche, que era uno de los llamados *bombés*, y el carruaje partió en dirección al portillo de Santa Bárbara.

V

Al llegar á Tejares, donde hoy está Chamberí, apareció tras del carruaje un caballero joven, jinete en un brioso alazán; volvió la cabeza el cochero al rumor del galope á que venía el caballo y detuvo el bombé.

El joven, que iba vestido de paisano, con la mayor elegancia, acercóse al estribo á punto en que asomaba la linda cabecita rubia de Felipa.

—Gracias, querida mía,—exclamó el caballero.—¡Al fin podremos ser felices!

Y diciendo esto abrió la portezuela y subió al coche, dando orden al auriga de que enganchase el nuevo caballo y arrease en seguida.

Al caer de la tarde el bombé se detenía en Torre-

lodonos y los dos viajeros se alojaban en el parador del pueblo, pretextando tener que hacer noche allí para encontrarse al día siguiente en el Escorial.

El ventero les destinó el único cuarto disponible que había en la posada y los dos jóvenes se apresuraron á instalarse en el camaranchón, no sin cerrar cuidadosamente la puerta y la ventana del mismo.

La habitación quedó alumbrada por un enorme candil colgado de un alambre en uno de los rincones, pudiendo verse que el jinete tendría unos treinta años, y era alto, robusto, de señoril talante y porte militar. Llevaba sombrero redondo, larga levita, corbata monumental, calzón corto con polainas muy altas y zapatos de oreja con hebilla de plata y tallón herrado, según la moda elegante de 1813, venida de Inglaterra.

Quitado el sombrero apareció en toda su gallardía la cabeza del *carrutaco*: pelo castaño, despejada frente, ojos negros, correcta nariz, boca pequeña y ovalado rostro, formando el conjunto un tipo varonil.

Leíase en aquel semblante como cierta fatiga ó melancolía, procedente más bien del alma que del cuerpo; algunas arrugas cruzaban su frente pálida y sus ojos revelaban interior tristeza. El joven miró á Felipa con profunda ternura, y cogiéndole una mano dijo:

—¡Pobre niña mía! ¡Qué sacrificio te has impuesto!

—Ninguno, te lo juro.

—No cabía otro medio.

—¿Qué hacer sino?

—Tú juzgarás mi conducta.

—Ya ves como no vacilé un instante.

—Digan de mí lo que quieran, pero de ti...

—Ahora sabrán quién era la que tú amabas.

—¡Cuánto te debo, Felipa!

—Más yo á ti.

—Sin embargo, no estoy tranquilo todavía; así que amanezca seguiremos nuestro camino. Necesitamos poner mucha tierra entre Madrid y nosotros.

—¿Temes todavía?

—No por mí, pero tu padre...

—¡Pobre padre! El dolor le impedirá dar ningún paso.

—Mucho siento lo hecho, pero ellos se tienen la culpa.

—¡Tan bueno como eres!

—La fatalidad me ha perseguido en todas ocasio-

nes. Ahora mismo, las apariencias me condenarán siendo inocente.

—Nada temas; ya para siempre podremos ser dichosos. ¿Avisaste á tu madre?

—No quise decirle nada todavía. Lo sabrá después.

—¿Y nos perdonará, verdad?

—¿Cómo no perdonarnos? Pero debes estar rendida; descansa, bien mío.

—¡Oh, tú también, mi vida!

Y así lo hicieron, quedando profundamente dormidos los dos amantes.

VI

Daban las cuatro de la tarde y la tardanza de Felipa en volver empezaba á inquietar á su familia; por fin, al oírse las cinco en el reloj del Carmen no pudo contener su impaciencia D. Toribio y fué al palacio de Montefuego, calle del Clavel, á enterarse de si estaba todavía allí su hija.

D. Toribio quedó aterrado al decirle que Felipa no había estado allí desde hacía dos días; pálido como un difunto y anonadado de dolor iba á retirarse cuando recibió recado de presentarse al momento en las habitaciones de la señora, modelo de suntuosidad.

D. Toribio no podía tenerse en pie y se había sentado en un rincón de un lujoso gabinete, ocultando su cabeza entre sus manos y sin poder contener las lágrimas que inundaban su semblante.

Un leve ruido le hizo volver en sí, y al levantar la cabeza vió que estaba delante de él la marquesa de Montefuego, mirándole con ojos de terrible cólera.

—Le felicito á V. muy cordialmente, señor mío, —exclamó la dama, que era un admirable modelo de esculturales formas, hermosísimo rostro y arrogante porte.—¡No sabía yo que Felipilla fuese capaz de trastornar de tal manera la cabeza de los más encumbrados aristócratas!

—¿Qué dice V., señora?—exclamó D. Toribio, cesando de llorar de repente y tomando su fisonomía un aire amenazador.—¿Se permite V. insultar á mi pobre hija, que es tan honrada como V.?

—¡Su pobre hija! ¡Pues no la llama este buen hombre *su pobre hija!*

—Señora marquesa... me está V. atormentando el alma... ¡Hable V. y tenga lástima de este desdichado padre!

—¿Pero V. se figura que yo soy tan necia para que crea en su ignorancia y no comprenda todo ese fingimiento con que viene V.?

—Señora, yo le juro á V. que nada sé y le suplico me diga dónde está mi hija; tendré valor para escucharlo todo...

—En este caso no es á mí á quien tiene V. que dirigirse; pregunte V. por Felipa al señor duque de Nueda.

D. Toribio, que estaba de pie, cayó desvanecido al suelo.

La marquesa le cogió por los brazos y le levantó bruscamente, haciéndole sentar en un sillón; cerró luego las puertas y se sentó frente al pobre hombre, que se enjugaba el frío sudor que corría por su frente.

VII

—Va V. á escucharme,—le dijo.

D. Toribio, sin fuerzas para contestar, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Bien sabe V. por qué está V. en esta casa: su padre de V. era administrador del mío y lo fueron también sus abuelos; aquí han comido Vds. el pan desde largos años.

El administrador actual no pudo menos de hacer una reverencia.

—No contenta con tenerle á V. en mi casa, y para protegerles más, encargué á su hija de V. los trajes que me hubieran podido hacer las costureras de moda; esto hizo que su hija de V. se encontrase muchas veces aquí y que yo la tratase, no como á mi costurera, sino insensiblemente como á uno de mi familia.

De nuevo volvió á saludar el administrador.

—Semejante proceder exigía algún reconocimiento por parte de todos Vds....

—Todos le estamos á vucencia profundísimamente reconocidos, señora marquesa,—dijo interrumpiéndola D. Toribio.

—No todos, por desgracia...

Hubo un momento de silencio y la marquesa siguió diciendo:

—Mi posición no me permitía reparar en las frecuentes salidas de Felipa con el duque...

—¿Qué dice vucencia?

—No me permitía dar crédito tampoco á las noticias con que á veces me venían de que se había

visto á Felipa y al duque en amorosa compañía por las soledades de la carretera de Aragón, y algunas veces, por las umbrosas arboledas de la Casa de Campo, lejos, muy lejos...

—¡Oh, Dios mío!

—¿Cómo la marquesa de Montefuego podía rebajarse á tener celos de una costurerilla? Hubiese sido con alguna de las desenvueltas manolas de Lavapiés ó Maravillas y más caso hubiera hecho, quizás; pero de una pobre muchacha de honrada familia, con sus puntas y ribetes señoriles (la marquesa no dijo *cursi* por no haberse afortunadamente inventado todavía la palabra), ¿qué celos había yo de tener ni cómo había yo de creer fuese verdad ninguna de las hablillas que llegaban á mis oídos?

D. Toribio, baja la cabeza, escuchaba inmóvil á la altiva dama.

—Ahora, como voy á decir cosas que pueden asustarle á V., conviene que le diga que las escuche bien para tenerlas muy presentes. Felipa era la querida de mi amante desde hace dos años.

—¡Señora, eso es una infamia que le han contado á vucencia! ¡Se lo juro á vucencia!

—¡Pobre hombre!

—¡Mi hija, mi Felipilla, mi pimpollo, ser la querida de nadie! ¡Ni del rey, señora, que me lo hubiese exigido!

—Cerca le anduvo, siendo el duque de Nueda caballerizo mayor de palacio...

—Siga vucencia diciendo; repito que tendré valor,—contestó D. Toribio, abrumado bajo el peso de la vergüenza.

—El duque y yo manteníamos relaciones, ya en vida de mi esposo; yo le adoraba, él también en un principio; nada desde la hora en que vió á Felipa; ya ve V. si le hablo á V. claro. Estas relaciones tomaron un carácter muy distinto desde que los reyes aceptaron los tratos de Napoleón. El duque juró no servir jamás á los Borbones y á falta de republicanos con quienes contar para establecer una república se hizo afrancesado, en odio á los que abandonaron á los españoles y cayeron ó se dejaron caer en las redes del emperador.

D. Toribio recordó entonces los audaces proyectos tenidos á veces de sobremesa por Felipilla.

—El duque se afilió desde entonces á una sociedad secreta y le secundé por mi parte cuanto pude. Quizás á ser más hombre el rey José...

—¡Conque yo comía el pan de una afrancesada! —exclamó al oír esto el honrado patriota. — ¡Comí vuestro pan y no sentí que me quemaba las entrañas! Podéis darlo á otro, señora, jurándoos que no pararé hasta devolveros todas las monedas que de vos he recibido.

—No es hora de hablar de eso,—contestó la marquesa con indiferencia.—Volvamos á nuestro asunto.

VIII

—Le decía á V, pues, que el duque de Nueda era mi amante; esto sólo lo sabíamos él y yo, gracias á lo cual tengo yo buenos amigos en el campo de los leales, amigos que me creen de los suyos cuando por desgracia he debido hacerles traición mil veces sin que pudieran atinar de qué parte procedía la venta... Esta tarde, cuando había partido ya su hija de V. y se había reunido ya con ella el señor caballerizo mayor de palacio, ha venido uno de los más audaces campeones españoles á darme cuenta de lo ocurrido (un amigo de la casa, que conoce á Felipilla de verla por aquí y se ha extrañado de su viaje con el tal palaciego). Yo, que tengo, según le he dicho á V., muy buenas relaciones con los leales, se lo he mandado á contar en seguida á un capitán de guerrilleros que se encuentra en Torreledones para que me traigan sin falta á esos tortolillos, en el momento mismo, que no tardará muchas horas, en que emprenda su retirada la guarnición de Madrid.

—¡Qué horror! ¡Mi hija traída presa como afrancesada!

—Ni más ni menos. Dejo ahora á su elección de V. la suerte de esa señorita, que era para lo que le había mandado á V. llamar.

—Podía perdonarle su deshonor de mujer, no su traición á la patria.

—En cuanto al duque de Nueda, queda á mi voluntad disponer de él. Esto es lo que tenía que decirle á V.

D. Toribio se levantó y dijo:

—¿Dónde quedarán los presos?

—En palacio.

—Está bien; adiós, señora marquesa, y tened por cierto que ésta habrá sido la última vez para siempre de haber puesto los pies en vuestra morada.

—¡Lástima que no haya V. podido infiltrar esas ideas en la cabeza de su Felipilla!

IX

D. Toribio llegó á su casa sin poder de momento articular una palabra.

D.^a Emerenciana, desesperada, exclamó angustiosamente:

—¿Ha muerto Felipa?

—No, no ha muerto, nos ha deshonrado,—repuso Juliana, fría y terrible como una imagen de acero.

—¡Deshonrado, deshonrado, sí!—repitió D. Toribio, rompiendo en amargo llanto.

—¿Pero qué ha hecho?—preguntó de nuevo doña Emerenciana.

—Ha huído de nosotros...

—¡Ha huído! ¿Pero con quién ha huído?

D. Toribio cogió por las manos á su mujer y á su hija, y con voz baja y sombría, como si él mismo no quisiera oír sus palabras, murmuró:

—Ha huído con un afrancesado.

—¡Hija mía!—exclamó la madre.

—¡Maldita ella!—repuso Juliana.

—¿Y saben eso las gentes?—se apresuró á decir D.^a Emerenciana.

—Lo sabe la marquesa.

—¿Ella te lo ha dicho?

—Sí.

—¡Es que ha huído con su amante!—dijo Juliana.

—¿Cómo sabes tú que la marquesa tuviera un amante?—replicó asombrado D. Toribio.

—No se lo puedo decir ahora á V., papá,—contestó la niña,—pero sus hijas de V. sabían que el duque de Nueda era el amante de la marquesa de Montefuego.

—¿Y qué más sabiais?

—Todo.

—¿Todo?

—Sí.

—¡Oh! ¿Por qué no me deciais que comíamos el pan de una afrancesada?

—No ha llegado aún la ocasión de poder decirlo. Además, las pagas de V. están íntegras desde el día que lo supe y puede V. devolverlas cuando quiera.

—¡Hija mía! ¡Tú nos mantenías á todos!

—Gano de sobras para continuar haciéndolo.

—¿Y tú sabías los amoríos de tu hermana?

—Sí, los sabía, pero no quién fuese su amador.

—¡Ni lo sospechabas?

—No lo sospeché hasta hace pocas horas.

—¡Oh, Julianita! ¡Tú nos salvarás á todos!

—¡Salvaros á todos! ¿Cómo recobrar la honra una vez perdida?

—A lo menos á los ojos de la gente.

—¡Triste hipocresía!

—Eres sobradamente dura con tu hermana,—exclamó D.^a Emerenciana.—¡Piensa que todas sois de una misma sangre!

—Sepáranos ahora insondable abismo. ¡Oh, qué vergüenza!

—¡Pero si nadie lo sabe!...—volvió á decir la pobre mujer.

—Lo sabe ya la única persona ante quien me humillo, después de venerar á mis padres.

—¿Quién?

—Lo sabe nuestra bienhechora, nuestro amparo...

—No sé de quién hablas...

—Tampoco lo sabréis hasta que llegue el caso. ¡Qué va á decir ahora! ¡Qué va á pensar! ¡Aquel amante era un afrancesado!

Reinó un momento de silencio, sólo interrumpido por los sollozos de la madre.

—¿Pero tú crees que volverá Felipa?—exclamó la pobre mujer, mirando á su hija como si estuviera en su mano el alcanzarlo.

—Volverá así que yo vaya á ver á esa persona.

—¡Ah! No será preciso eso,—exclamó D. Toribio.

—Han salido ya en su busca los guerrilleros por la carretera de Francia y los dejarán en palacio así que salgan los franceses.

—¡Para entonces será mi castigo!

—¡Los guerrilleros!—repuso D.^a Emerenciana.

—¡Ah! ¡Los matarán quizá!

—No, vivos los traerán, te lo aseguro,—contestó el marido.—La marquesa quiere tomar la venganza de su falso amante por su misma mano y yo la de mi desnaturalizada hija con mi propia autoridad.

—¡No, no te atreverás á tocarla ni un cabello!—exclamó la esposa, como si estuviera allí Felipilla.

—Felipa tendrá que hacer lo que yo disponga,—repuso á este punto Juliana.

D. Toribio no replicó, subyugado por el tono de extraña autoridad con que hablaba la joven.

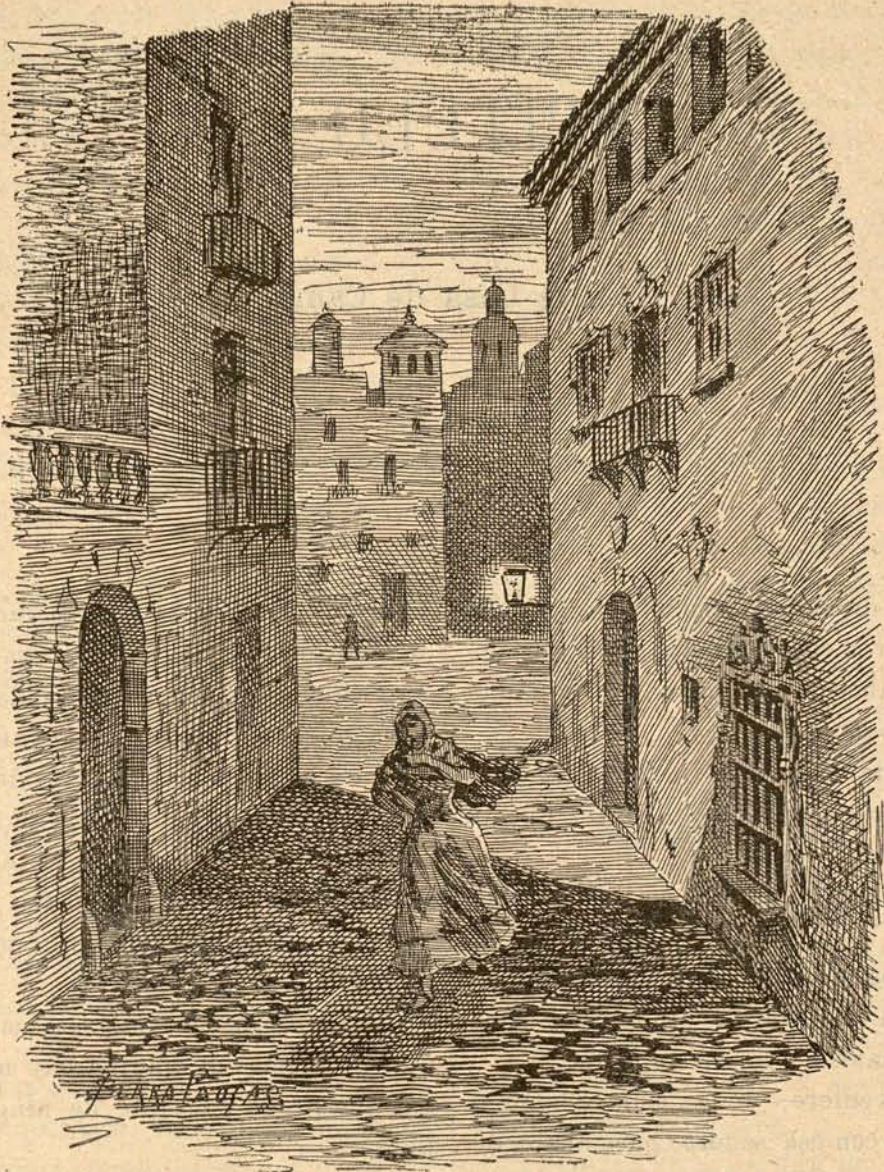
Nadie hubiera dicho que aquélla fuese la Juliana de hacía pocas horas. La cólera y la vergüenza habían encendido el rostro descolorido de la niña, sus ojos lanzaban llamas, su aire humilde y modesto se había trocado en erguida actitud, y su voz suave y

plácida vibraba con imponente acento. Deshecha la cabellera caía por sus espaldas en larguísimos rizos, y su mirada llena de profunda cólera y de firmeza, parecía la de una heroína guerrera.

D. Toribio y D.^a Emerenciana miraban asombrados á su hija, rendidos á la imperiosa gravedad

de aquella niña que se revelaba entonces á su vista bajo tan inesperada apariencia.

Entonces recordaron muchas palabras y frases que antes no habían comprendido y se hicieron cargo de que Juliana salía á veces á horas intempestivas y escribía mucho. No pocas veces les había



... no tardó en desaparecer en las sombras...

anunciado victorias y fracasos cuando aun nada se sabía en Madrid; estaba visto que la niña contaba con altas relaciones y disponía de grandes medios de acción.

Bien mirado, su misma figura se presentaba siempre bajo dos aspectos: á veces era una niña modesta, insignificante, de humilde aire; pero otras se manifestaba vehementísima, su semblante aparecía hermosamente trasfigurado y nadie hubiera creído fuese la pobre bordadora de la calle de los Leones.

La niña se dirigió á su cuarto y volvió á presentarse al cabo de un momento.

—He de salir,—dijo á sus padres.—Esperadme y no os inquietéis si no vuelvo hasta mañana.

Los acongojados padres miraron partir á la niña y ésta no tardó en desaparecer en las sombras que envolvían las desiertas calles de Madrid.

Era muy extraño, sin embargo, que muchas de las personas que encontraba al paso la saludasen respetuosamente.